

# La Esfera

ATENEOS DE  
BIBLIOTECA  
MADRID

Año II \* Núm. 84

Precio: 50 cénts.





*Modelo de Dibujo.*



*Modelo de Escritura*

*No olvidéis que el  
Petróleo Gal embellea  
y conserva vuestra  
cabellera.*

A. Ehrmann.

# La Esfera

Año II.—Núm. 84

7 de Agosto de 1915

ILUSTRACIÓN MUNDIAL



**EL GENERAL DE LANGLE DE CARY**  
Una de las figuras más salientes del Ejército francés

DIBUJO DE GAMONAL



DE LA VIDA QUE PASA  
EL CRIMEN DEL HIJO ÚNICO

La feliz frase es de un francés: Mauricio Leblanc, el creador de Arsenio Lupín. Enhorabuena. Por lo que esa frase significa, es ya posible que muchos extranjeros volviéramos a reconocer públicamente en Francia a nuestra madre espiritual. «La mujer francesa», ha escrito Leblanc, «comprende ya que su gran pecado, su crimen contra su país, es «el crimen del hijo único». Lo comprende y padece por ello implacable castigo».

Mucho sufren las viudas de Francia. Pero las más de las viudas son jóvenes. Su vida no ha acabado con la muerte del marido. Quizás les reserva aún el porvenir primaveras felices. Mas para las madres que han perdido el hijo único, la vida se ha concluido. Podrán seguir siendo esposas y hermanas excelentes. Sus lágrimas se secarán, quizás, andando el tiempo, pero sus almas seguirán por dentro llorando hasta la muerte.

Leblanc asegura que las mujeres de Francia han comprendido su pecado. Fué la disminución progresiva de la natalidad en los últimos cuarenta años, lo que rompió el equilibrio europeo en perjuicio de Francia y en beneficio de Alemania. De haber habido más hijos en Francia no se habrían estancado sus industrias en tiempos de paz, no habrían creído los alemanes en la facilidad de la conquista, no se habría declarado la guerra, y, de haberse declarado, no habría faltado el número necesario de hombres para contener al invasor en su primer arremetida.

Leblanc nos dice que las muchachas, que en años pasados llevaron al matrimonio la pedrera intención de ser estériles, no tienen ahora otro propósito que el de tener hijos, muchos hijos. Francia será pobre al acabar la guerra. No podrá permitirse muchos lujos. Pero hay un lujo que no escatimarán las mujeres de la Francia futura: el de tener más hijos. El Estado hará leyes para eximir de impuestos a las familias numerosas y para costear la educación de los hijos tercero y cuarto. Pero será, sobre todo, la conciencia del deber y de la necesidad de ser fecunda lo que salvará a Francia. Por que sus mujeres han caído en la cuenta de que para que un país no muera, hay que darle los hijos en la guerra, y para que viva hay que dárselos, también, en la paz.

Esperemos que sean exactas las observaciones de Leblanc, que sea cierto el que las mujeres y los hombres de Francia han comprendido que fué un error económico y moral el de restringir la natalidad, y que la Francia futura, regenerada por la fecundidad, vuelva a ser fuerte. Así la quisiéramos los verdaderos amigos de Francia: escuela de gracia, escuela de justicia y escuela de fuerza.

Los alemanes la querían también como escuela de gracia, pero a condición de que fuera indefensa. Querían que hubiese en el mundo un país de elegancia y de dispación, donde los pueblos masculinos gozaran unas cuantas semanas la vida de casinos y balnearios y playas y hoteles y teatros para reanudar luego su normal existencia de esfuerzo y seriedad. Y no les importaba que ese país fuera Francia, pero a condición de que Francia renunciase a su alianza con Rusia, a su amistad con Inglaterra, a su poderío colonial y a toda clase de influencia en los negocios graves del planeta. «Francia», solían decir, «es el amor desgraciado de Alemania». Los alemanes querían a Francia como los hombres quieren a una mujer, de la que sólo esperan goces.

Pero Francia no es eso. Francia es, antes que nada, el país que enseña a los intelectuales de todo el mundo a decir primero una cosa y después otra. Ello parece fácil, pero en realidad no hay nada más difícil que desentrañar las ideas de entre la maraña de nuestra conciencia y ordenarlas en clara sucesión discursiva. Estoy por decir que la necesidad de que Francia subsista consiste precisamente en que ningún otro pueblo y sólo contadísimos individuos, han logrado, hasta la fecha, sorprender este gran secreto del alma francesa.

Decir una cosa después de otra es virtud que hasta ahora sólo poseen los franceses. Otros pueblos tienen más genio; pero ninguno el método de Francia. En otros pueblos se produce más rico y abundante ese modo violento de la inteligencia, que es la intuición original ó creado-

ra. Pero se atropellan en la expresión, por querer decirlo todo a un mismo tiempo, como los alemanes y aún los ingleses, ó renuncian a decir cosa alguna, para abandonarse a la mera música de las palabras ó a la mera asociación de las imágenes, como es tan frecuente entre los italianos y los españoles.

Francia es el único pueblo que tiene el sentido del discurso. De ahí que sea el único pueblo de mentalidad eficaz. Como lo que dice lo dice con orden, lo hace inteligible a otros pueblos allende sus fronteras. De ahí la importancia única de lo que piensa Francia. Cuando Francia es católica, el mundo es católico, cuando revolucionaria, revolucionario, cuando científica, científico. Pero cuando Francia se paraliza y se recoge en una vida de ahorro, de comodidad y de infecundidad, el mundo entero corre peligro de paralizarse y de renunciar a toda aspiración de eternizarse, por que Francia no se limita a obrar según su voluntad, sino que expone sus razones en forma tan clara que el mundo entero las entiende.

Este peligro es lo que a muchos nos ha movido en años pasados a procurar apartar la curiosidad española de las cosas de Francia. No queríamos que se nos contagiase su egoísmo infecundo. Pero el día en que otros pueblos caigan en vicios análogos a los de Francia, no habrá peligro de que los difundan.

Ahora mismo, por ejemplo, los Estados Unidos padecen una epidemia de pacifismo, de malthusianismo y de egoísmo. Muchas mujeres norteamericanas abominan de la guerra y de la maternidad. En toda la América del Norte se ha hecho popular una canción, que copio y traduzco para alegría de nuestros pacifistas.

Dice así:



I didn't raise my son to be a soldier,  
I brought him up to be my pride and joy,  
Who dares to put a musket on his shoulder,  
To kill some other mother's darling boy?  
The nations ought to arbitrate their quarrels,  
It's time to put the sword and gun away.  
There'd be no war to-day  
If mothers all would say,  
«I didn't raise my son to be a soldier.»

(No crié mi hijo para ser soldado,—Sino para ser mi orgullo y alegría.—¿Quién osa poner un fusil sobre sus hombros—Para matar al hijo querido de otra madre?—Las naciones debieran arbitrar sus disputas.—Ya es hora de repudiar espadas y fusiles.—No habría ahora guerra—Si todas las madres dijese:—«No crié mi hijo para ser soldado».)

A los que cantan esta canción les dice Roosevelt que debieran acompañarla con otra que dijese: «No crié mi hija para ser madre». Porque los enemigos de la guerra, suelen ser también enemigos de la maternidad. Quisieran un mundo en el que no se naciera, ni se muriese. Un mundo fuera de la vida.

Solo que estas propagandas de los Estados Unidos no pasarán de ser «cosas de los yanquis», en tanto que aquel pueblo no aprenda el secreto de decir una cosa después de otra. El pacifismo y el malthusianismo norteamericanos solo son peligrosos para los Estados Unidos. Los de Francia, en cambio, eran un peligro para el mundo.

Pero si al choque de la guerra ha caído de los ojos de Francia la venda que la cegaba para la comprensión de las profundas exigencias de la perpetuación y renovación de la vida, también ha caído con ella la barrera que de Francia nos separaba a los que la queríamos fuerte é inmortal, no enclenque y dispada.

RAMIRO DE MAEZTU

# LA PINTURA CLÁSICA



“MI HIJA“, cuadro de Mengs, que se conserva en la Galería Barberini, de Roma

ATENEOD E  
BIBLIOTECA  
\* MADRID \*

ATENEOD E  
BIBLIOTECA  
\* MADRID \*

# EL DOLOR DE PENSAR

Yo, señor mío, escribo con la sangre de mi corazón, no con tinta neutra, mis pensamientos, muchas veces contradictorios entre sí, mis dudas, mis anhelos, mis sedes y hambres del espíritu; no redacto conclusiones, como cualquier secretario de cualquier comisión.

Yo, señor mío, como no hago oposiciones á ministro de la Corona, no tengo por qué medir mis palabras para no comprometer mi porvenir, que jamás hipoteco, ni necesito decir frases prometedoras de actos porque mis frases son ellas de por sí actos, y actos de hoy, del momento, de ahora y de siempre, aparte de sus consecuencias.

Porque el que escribe con la sangre de su corazón escribe para siempre. «Para siempre», que dijo Eucírides, gracias al cual vive todavía Pericles. Y no olvido la otra frase del poeta Keats, de «que una cosa de belleza es un goce para siempre».

*A thing of beauty is a joy for ever,*

y sé que todo pensamiento escrito con sangre del corazón es una cosa de belleza, digan lo que quieran los artistas de la forma.

¿Y qué es la forma, señor mío? ¿Sabría usted decirme lo que es la forma? Yo creo que no me lo sabría usted decir.

Aristóteles—y sigo pedante, á Dios gracias—, dijo que el alma es la forma sustancial del cuerpo, su entelequia. Y, en efecto, la forma sustancial de algo, de un pensamiento, es su alma, no su vestido. Y yo, señor mío, quiero encarnar pensamientos y no vestirlos. Cuanto más desnudos me salgan, mejor. Porque sé que esos supuestos pensamientos vestidos de hopalandas y túnicas retóricas no son más que esqueletos de pensamientos, cosas muertas, sin carne palpante y dolorosa. Y pensamiento que no nos duele, no es más que un pensamiento muerto, un esqueleto de tal. No hay vida sino donde hay dolor.

Y á mí, señor mío, me duelen las ideas y por eso se me retuercen y se me encrespan en las contorsiones del conceptismo.

«Si quieres hacerme llorar, es menester que te haya dolido antes».

... si vis me flere, dolendumst primum ipsi tibi.

Así dijo Horacio. Y es cita tan asendereada y sobada, que no resulta ya ni siquiera pedantería el citarla. Y Vischer, comentándola, añadía: «*Primum*, antes; antes de ponerte á hacerme llorar; no es la mano del calenturiento la más á propósito para describir la fiebre». ¿Que no? Y si á uno le está doliendo siempre, siempre, si su conciencia consiste en el sordo dolor de un trágico pensamiento inquieto, ¿á cuándo ha de aguardar para desahogarse y cumplir así su sino, haciendo llorar á sus hermanos, aunque sólo sea por dentro?

Ya le he dicho, señor mío, que no redacto conclusiones, como cualquier secretario de cualquier comisión. Ni redacto conclusiones, ni defiendo pleitos, porque tampoco soy abogado de nada, ni de nada. Ni aún de mí mismo.

Aunque no, eso no es verdad. Soy abogado, sí, pero abogado del hombre, del yo. No de mí mismo, no de mi yo exclusivamente, sino de todo yo, del de usted, señor mío, del de cada uno de mis lectores, del de todos los demás. Yo defiendo al hombre, á cada hombre. Y por eso, para defenderle y tenerle á la defensiva, le ataco. Yo te defiendo á ti, lector, de ti mismo. Porque tengo cui-

dado de que no te me entregues, de no adormecerte en la ramplona rutina de las ideas de todos y de nadie. Si pudiera, mi mayor placer sería imbuirte la duda de tu propia existencia real y sustancial. Porque sé que sólo empezarás á vivir de veras una vida que merezca la pena de ser vivida —la pena de ser vivida, ¡fíjate!—, cuando empieces á dudar de que vives y aun de que existes.

Tú vas, lector, por el mundo como los vencedores por el aire; volando con la boca abierta á la caza de los mosquitos que te salgan al paso. Y las ideas que así cazas, papanáticamente, se te indigestan. Y entonces te duelen. Pero no es ese el dolor que salva, el dolor que hace vivir.

Sí, ya sé, señor mío, que hay quien habla del placer de pensar, de la alegría de pensar. Pero, aparte de que las cuerdas del placer y del dolor están tan juntas en el fondo del alma, que no cabe herir la una sin que la otra suene, como decía mi amigo Kierkegaard, lo placentero, lo gozoso, es engendrar pensamientos, pero no criarlos. Y yo los crío, no me limito á engendrarlos. Engendrar un hijo de carne, simplemente engendrarlo, es placentero, sin duda, pero no lo propio de un padre. Lo propio de un padre es criarlo, y criar un hijo es algo doloroso. Y lo mismo cabe gozar engendrando, casi inconscientemente, una idea, más bien una frase, para echarla luego al Hospicio ó al arroyo. Hay engendradores de ideas hospicianas, que se llaman á sí mismos artistas, y que nada tienen de padres, de poetas. Son los que engendran las frases, los dichos, los lugares comunes, que luego repite la muchedumbre, el vulgo; son los que engendran las tonadas hospicianas, que luego repiten los organillos de manubrio y desgañitan las maritornes al fregar los pasillos. Eso sí que fué engendrado en gozo. Música ligera y callejera; literatura ligera y callejera.

¿Pero, sabe usted, señor mío, lo que decía Guillermo James—¡y sigue de pedantería!—de aquel patético libro de Jacobo Thomson, «La ciudad de la noche terrible?» (*The City of the Dreadful*

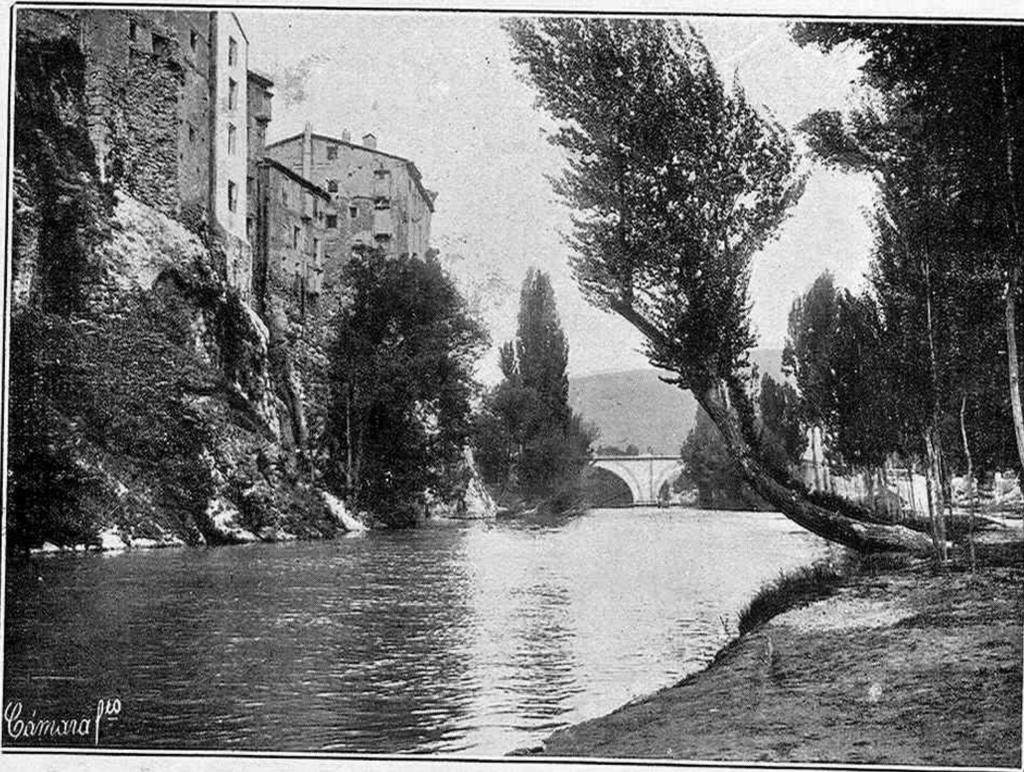
*Night*). Pues decía de él que «es menos conocido de lo que debería serlo por su belleza literaria, simplemente porque los hombres tienen miedo de citar sus palabras—tan sombrías son y, al mismo tiempo, tan sinceras». Como que Thomson las escribió con sangre de su corazón.

Por lo demás, señor mío, eso de divertir y atraer á los buenos burgueses haciendo como que se les asusta—ellos están en el secreto—, está al alcance de cualquier técnico de la *brutalidad* literaria. El tener un estilo brutal y salir cada día con un desplante y aparecer con estridencia aparentemente—y no más que aparentemente—pasionales, es cosa fácil, muy fácil. El engendrar brutalidades literarias, violencias de dición, es placentero y muy fácil. Lo difícil es criarlas, hacerlas viables.

No, señor mío, no; le han engañado á usted. Yo no me he propuesto nunca ser original y adquirir fama de originalidad. Le digo á usted que le han engañado. Si no me propusiese más que llamar la atención y que me tengan por original, á cualquier precio, no sabe usted bien la de atrocidades estridentes y abradabrantes que habría escrito. Les habría dado tres y raya á todos los que alardean de escritores brutales y que no se casan con nadie. Pero yo me he casado con la sinceridad. Y si alguna vez me contradigo, me contradigo sinceramente.

¡No, señor mío, no!; no he tenido nunca prisa de eso que llaman llegar, y me he pasado años y más años repitiendo unos pocos temas fundamentales y dejando que los mentecatos motejen de paradojas á los pensamientos dolorosos, que no sólo he engendrado, sino he parido, entre penas de agonía espiritual, y he criado. Y no me importa que algunos desgraciados que trepan, á eso que llaman llegar, me digan que estoy de vuelta, rodando por las cuestas abajo del Olimpo. Sé que quien piensa con el corazón, dolorosamente, crea pensamientos para siempre, aunque no lleven luego su nombre, sino el de cualquier otro que los robe y los bautice y les vista de arlequines para la fiesta.

Vivo, señor mío, gracias á Dios, lejos de los cotorros de la feria de las vanidades y no tengo ni que hacer cosquillas á los buenos burgueses para que se rían, ni que hacer como que les asusto, rugiendo con una careta de bárbaro, para que se rían también. Yo no te hablo más que á ti, lector, á ti sólo, y cuando más solo estés, cuando estés no más que contigo mismo. Yo no quiero ser, lector, sino el espejo en que te veas tú á ti mismo. ¿Que el espejo es cóncavo ó convexo y de tal especie de concavidad ó convexidad que no te reconoces y te duela verte así? Pues conviene que te veas de todos modos posibles. Es la única manera de que llegues á conocerte de veras. Si nunca te has visto sino en reflexión normal, tal como te retratas en la lisa sobrehaz de una charca tranquila, donde ni la más leve brisa riza las aguas, entonces no sabes quién eres. No sabrás quién eres hasta que, al verte un día de tal modo deformado por el espejo, te preguntes: «¿Pero este soy yo?», y empieces á dudar de que tú seas tú, empieces á dudar de tu existencia real y sustancial. Aquel día empezarás á vivir de veras. Y si eso me lo debieras, podría yo decir, lector, que te había criado. Lo que es mucho más que haberte engendrado. ¿Me entiendes?



## EL CASTAÑO NO SABE... FOT. BENILLA

*El castaño no sabe que se llama castaño;  
mas, al aproximarse la madurez del año,  
nos da su noble fruto de perfume otoñal;  
y Canopus ignora que Canopus se llama;  
pero su orbe coloso nos envía su llama  
y es de los universos el eje sideral.*

*Nadie mira la rosa que nació en el desierto;  
mas ella, ufana, erguida, muestra el cáliz abierto,  
cual si mandara un ósculo perenne á la extensión.  
Nadie sembró la espiga del borde del camino*

*ni nadie la recoge; mas ella, con divino  
silencio, dará granos al hambriento gorrion.*

¡Cuantos versos, oh, cuantos, pensé que nun-

*[ca he escrito,  
lentos de ansias celestes y de amor infinito,  
que carecen de nombre, que ninguno leerá;  
pero que, como el árbol, la espiga, el sol, la rosa,  
cumplieron ya, prestando su expresión armo-  
niosa á la inefable Esencia que es, ha sido y será!*

AMADO NERVO

MIGUEL DE LINAMUNO

ARTE CONTEMPORÁNEO ( ) DOS RETRATOS DE MORENO CARBONERO

EN esta riqueza plébrica de bellezas estéticas y de acierto técnico que caracteriza el arte español contemporáneo, tienen tanta y tan gallarda parte los maestros ya consagrados por un éxito perdurable y definitivo, como los mozos que empiezan á saborear la agridulce gloria.

Rivalizan también unos y otros en el entusiasmo por sus artes respectivas y muéveles á la labor cotidiana otros acicates que los de conquistarse una posición ó conservar el prestigio de un nombre. Bástales muchas veces la satisfacción de cumplir con ellos mismos esta necesidad de exteriorizar lo que su alma siente, ven sus pupilas y concibe su talento.

Entre los maestros, que cubiertos de inmarcables laureles y afirmados para siempre sus prestigios, continúan trabajando como muchachos, figura José Moreno Carbonero.

En estas mismas páginas hemos alabado más de una vez la labor fecunda y admirable del ilustre autor de *La conversión del duque de Gandía*. No fueron los menos los elogios tributados, tanto á la belleza de su pintura como á la incansable tenacidad de su temperamento, que le llevó á buscarse él mismo las dificultades por el gusto de vencerlas, y que le hizo triunfar sobre distintas generaciones de pintores contemporáneos suyos.

Repasando los catálogos de las Exposiciones nacionales celebradas en Madrid desde hace treinta años, raro será en el que no hallemos el nombre de Moreno Carbonero, al frente de cuadros históricos, de episodios del *Quijote*, de paisajes andaluces ó de retratos de la aristocracia española, que tales asuntos han sido siempre los favoritos del maestro para reflejar en ellos, como en un espejo, el alma de nuestra raza.

Actualmente Moreno Carbonero ha terminado dos retratos con destino á la *Sociedad española de Amigos del Arte*, organismo á quien debemos no pocas manifestaciones de cultura patria.

Son estos retratos de Su Majestad el Rey D. Alfonso XIII y de D. Eduardo, Presidente de honor y Presidente efectivo, respec-



EXCMO. SR. D. EDUARDO DATO



S. M. EL REY DON ALFONSO XIII

tivamente, de dicha Sociedad. No es la primera vez que Moreno Carbonero interpreta los rasgos viriles y la gallarda apostura de nuestro Soberano. Podríamos citar varias obras de este género que contribuyeron á enaltecer el nombre glorioso del gran artista malagueño, entre ellas aquel admirabilísimo cuadro que representaba á D. Alfonso con el hábito de las Ordenes Militares y que era un prodigio de relaciones y valoraciones de tonos muy semejantes y todos ellos exactos; el más reciente adquirido por el marqués de Comillas, donde también encontrábamos la misma seguridad psicológica, idéntica luminosidad de colorista é igual maestría del dibujo.

Este último retrato es sobrio, conciso, como hijo directo de los ejecutados por los grandes maestros de la escuela española.

Pocos retratos recientes hemos visto de Su Majestad que den la sensación de realismo que éste de Moreno Carbonero, donde se acusa, sin esa adulación casi imprescindible en obras de este género, el carácter de don Alfonso. La misma sobriedad del procedimiento hay en la composición é incluso en la elección del uniforme regio y del rico cortinón que da fondo y contraste colorista á la figura.

Igualmente notable es el retrato del señor Dato, en el que también ha rehuido Moreno Carbonero las notas agresivas, eligiendo, en cambio, una totalidad cálida y oscura para darle toda intensidad al rostro marfileño del modelo.

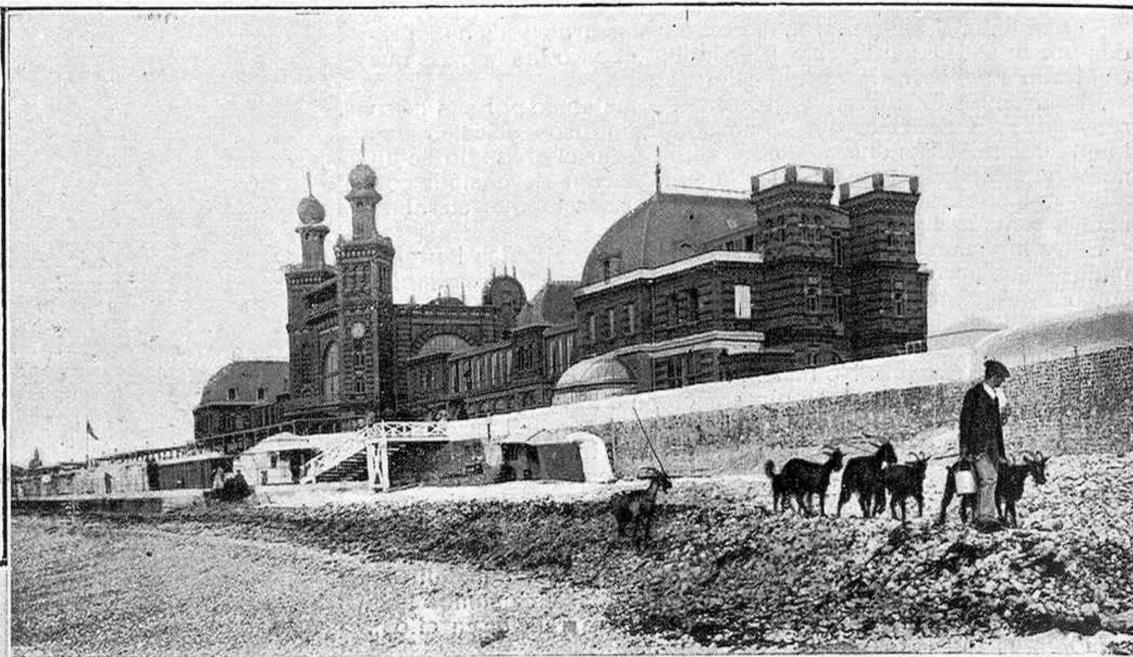
La *Sociedad Amigos del Arte*, que tantas riquezas artísticas atesora, bien puede felicitarse de esta nueva adquisición de dos obras de uno de los más ilustres cultivadores de la pintura española contemporánea.

ATENEODE  
BIBLIOTECA  
MADRID

# TRISTEZAS Y DOLORES DE LA GUERRA

EUROPA comienza á acostumbrarse á la guerra, á no espantarse de ella, á no estremecerse evocando la visión de los campos de batalla cubiertos de hombres despedazados por la metralla y las explosiones y la visión de los convoyes interminables de heridos. Hace ya algunos meses que no se publican estadísticas de muertos y de hospitalizados. ¿Para qué? ¿Qué importa? De los primeros ejércitos que acudieron á la lucha, lo más fuerte de la mocedad de unos y otros países, ha desaparecido ya un millón de hombres, más acaso, más seguramente.

Los mismos Estados Mayores no pueden hacer estadísticas de la disminución de sus tropas, cuando salen de las trincheras ó cuando tienen que realizar retrocesos, como el del ejército ruso. Ya no se habla de muertos, ni de heridos, ni de prisioneros; se habla sólo de desaparecidos. Allá quedaron despedazados, agonizantes, fugitivos, escondidos...; ¡quién pudiera conocer y relatar la tragedia de cada uno de los que mueren abandonados, luchando en



El Gran Casino de Dieppe

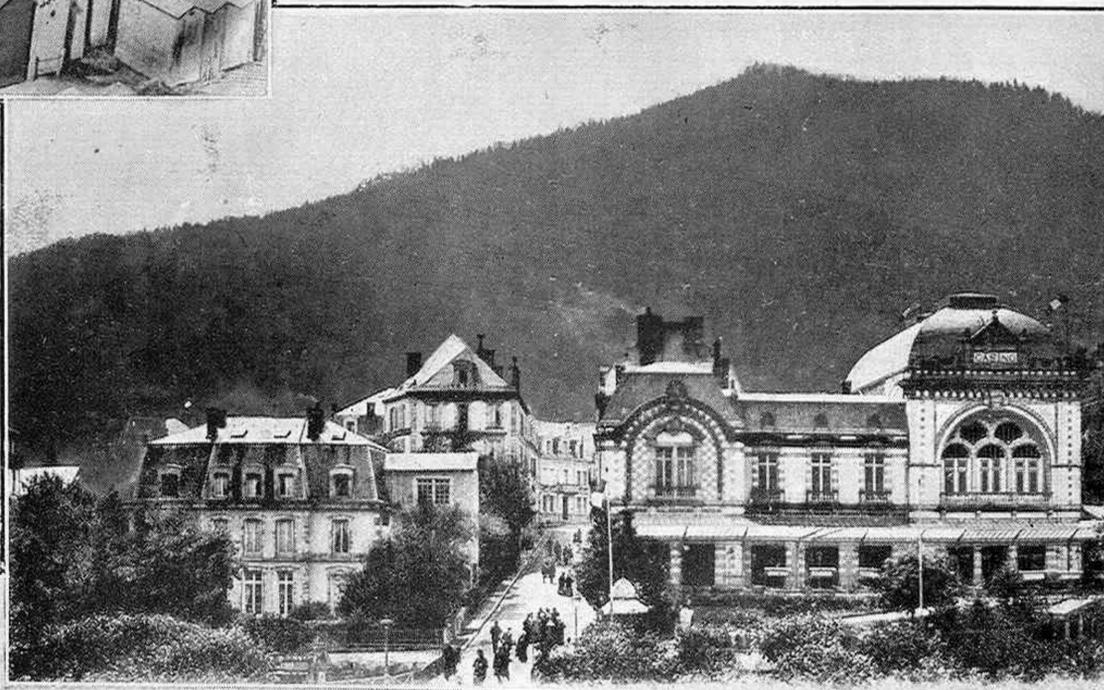
cientos de millones de hombres, y así no hubo previsión posible para tener preparados hospitales suficientes. ¿Ni cómo podría saberse en qué lugar se iban á inmovilizar frente á frente dos ejércitos temibles, como si la guerra hubiese de durar hasta que se exterminasen? Porque los heridos leves, con un poco de organización, con un poco de gasto y otro tanto de esfuerzo constante, pueden ser alejados del frente de batalla, donde caen, y llevados lejos, á las grandes ciudades del interior, á sus propias casas; ¡pero los heridos graves! ¡Qué inmensa responsabilidad sería la de moverlos y ajetrearlos en un transporte ferroviario y qué espanto el que iría sembrando por los campos y las ciudades que fuese cruzando ese tren trágico, del que surgiría un constante alarido de dolor, una fiera maldición de delirio!...



El Casino de Granville

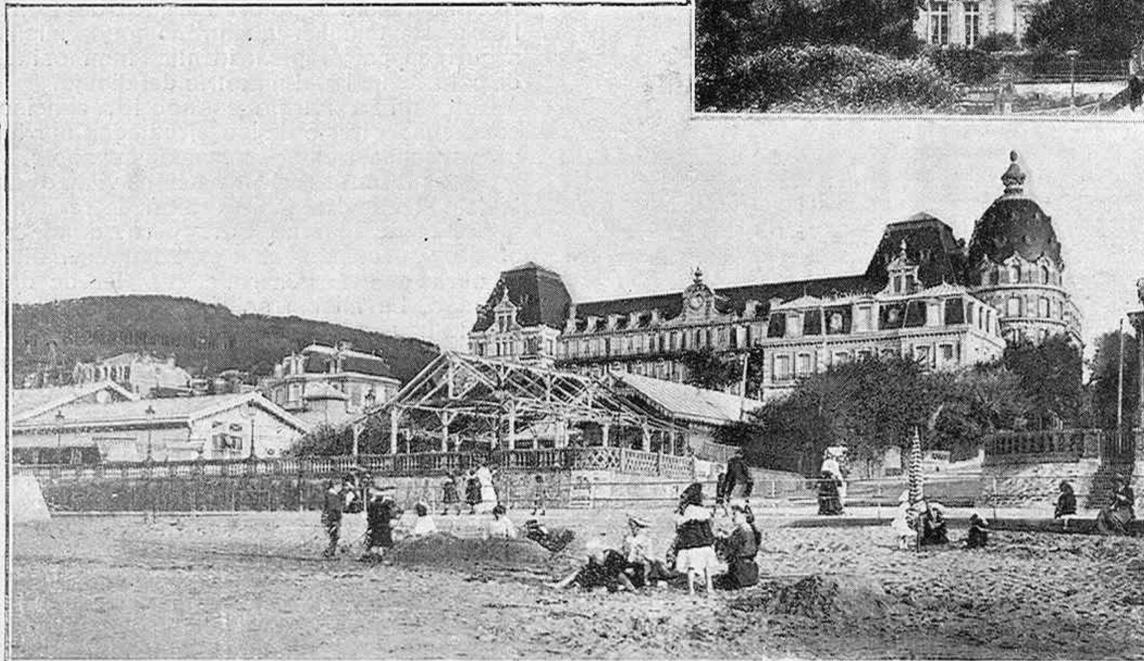
su agonía con aves carnívoras, ó de los que huyen enloquecidos por el terror!...

Más felices son, dentro de este horror inconcebible, los heridos que pueden ser llevados á los hospitales. Dejarán de oír el estruendo de la batalla, sentirán unas manos conmovidas que restañarán sus heridas, recobrarán la esperanza de vivir, podrán enviar á los suyos unas líneas: «No he muerto aún. Venid...» Y nada puede entibiar tanto la fiebre militar de una nación como estas visitas á los hospitales, donde el dolor grita y la desesperación maldice. Luego, ¡que contraste! Ninguna previsión humana pudo imaginar tan honda, tan extremada catástrofe, con frentes de batalla que atraviesan de Norte á Sur el continente, con ejér-



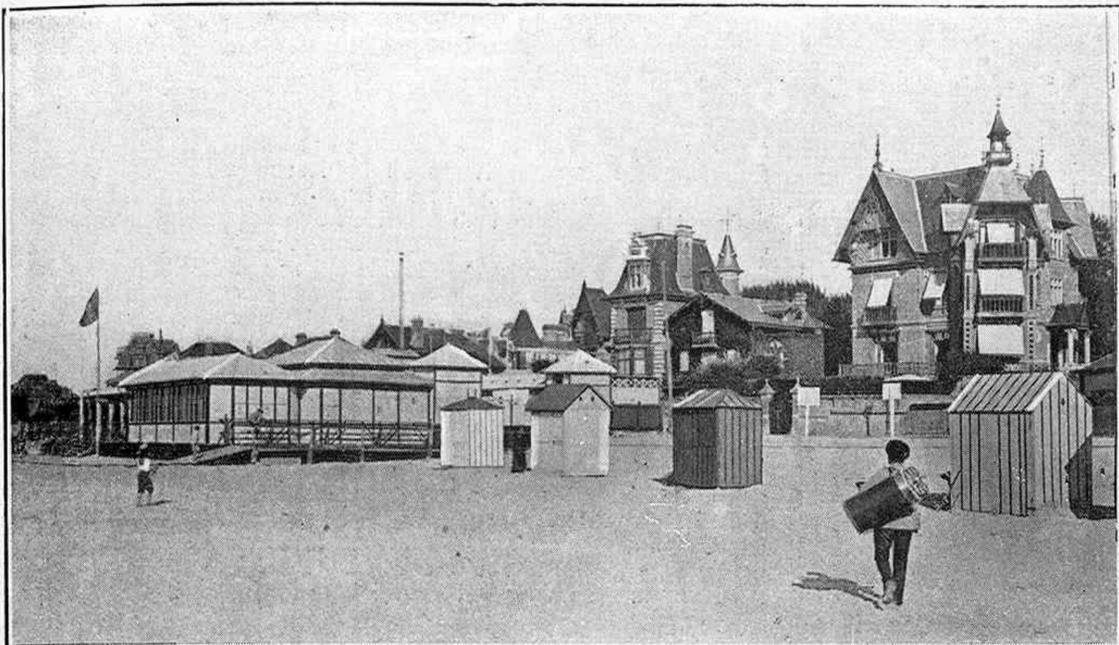
El Casino Chardon de La Bourboule

Así, cerca de la línea de fuego fué preciso habilitar los mejores locales que se encontraron para colocar los heridos graves, para intentar salvar sus vidas, puestas en riesgo en defensa de la patria. No se pudo utilizar los cuarteles, porque hacían falta para depósitos de tropas; no se pudo habilitar los templos, porque el frío en ellos hubiese agravado á los heridos y acelerado su muerte; no se podía pensar en admitir los generosos ofrecimientos de casas particulares, porque, diseminados los heridos en grupos pequeños, no hubiese habido médicos suficientes para curarlos, ni enfermeras bastantes para asistirlos. Pero, cerca de los lugares de invasión, estaban los Casinos... Cuando estalló la guerra, poblábalos una alegre bandada de gente adoradora del placer y del vicio. Huyó, cobarde, y quedaron los grandes salones abandonados... Los grandes salones, donde se dilapidaban fortunas en las mesas de juego, donde se bailaban los tangos y los two-steps de



El Casino y el Gran Hotel de Hougate (Calvados)

# LOS CASINOS TROCADOS EN HOSPITALES



El Casino de Beuzeval

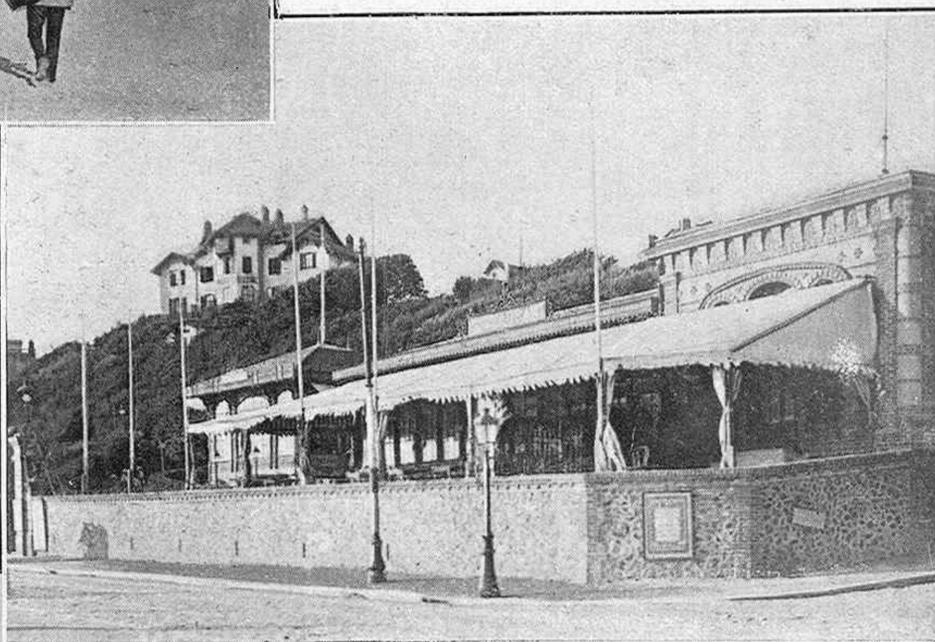
moda y los ruidosos cotillones; los comedores donde se celebraban los suntuosos banquetes...

No había ya playa, por modesta que fuese, ni manantial mineral, por escasa virtud curativa que alcanzaran sus aguas, que no tuviera su Casino, con su mesa de juego, su sala de bailes, su orquesta de tziganos y sus mundanas á jornal. El verano pasado, como cuando estalló la guerra, los Casinos se quedaron vacíos; como los extranjeros huyeron á sus patrias y los nacionales corrieron á sus pueblos, y como todo el mundo creía que la guerra sería corta, los propietarios de los Casinos no tuvieron inconveniente en cederlos al Estado, para hospitales; antes, al contrario, fué esto como una purificación de aquellos lugares, donde el lujo encubría y disimulaba al vicio y el arte lo disculpaba como en todas las eda-

clamaban su dolor, y para las enfermeras que los cuidaban. En los más de estos Casinos los techos han sido cubiertos y las paredes han sido pintadas... En toda Francia hay un sincero arrepentimiento de su pasado.

Durante todo el invierno hubo la esperanza de que la guerra acabaría esta primavera y de que los Casinos, liberados de la misión de caridad que providencialmente han prestado, quedarían dispuestos para que volviese á ellos la alegre bandada profesional del placer y del vicio, que se desliza sobre un río de oro. Pero la guerra no acaba y este verano los Casinos no oirán el rumor de colmena de la sala de juego, ni la orquesta de tziganos, ni el vocear alegre y ruidoso del salón de baile y de los comedores y de la terraza... No oirán sino alaridos de dolor y maldiciones de agonía...

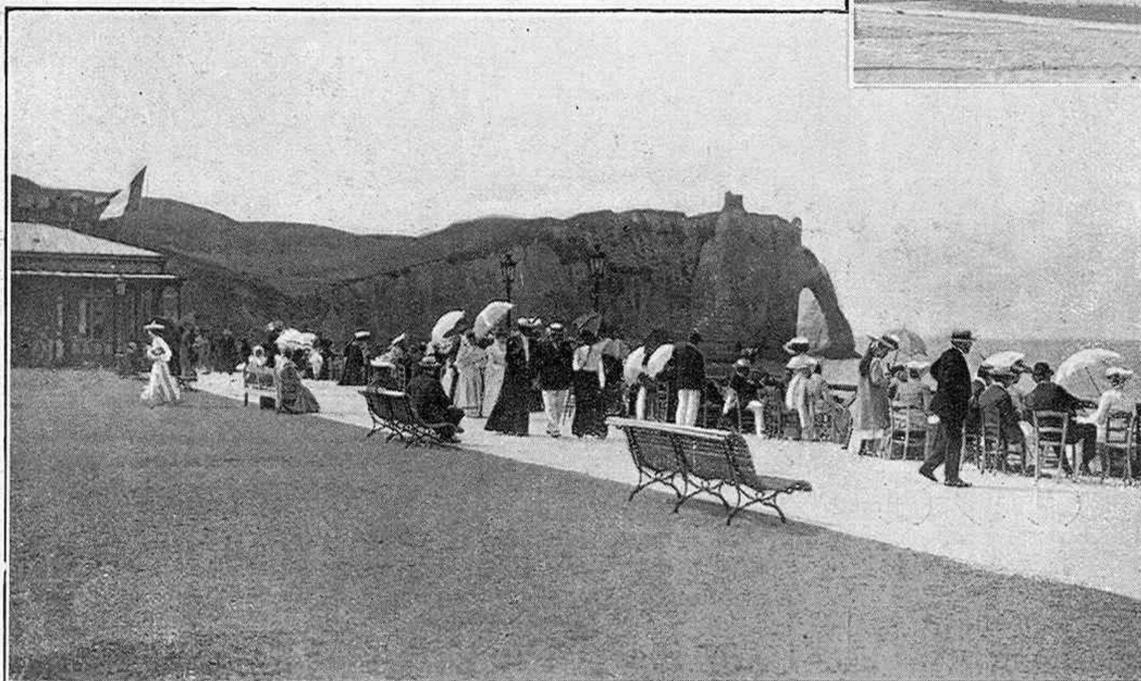
Pero la guerra acabará fatalmente. La alegría del advenimiento de la paz enloquecerá al mundo. Los Casinos se apresurarán á desatojar de sus salones



El Casino de Sainte-Adresse

á los heridos. Los pobres mutilados se hundirán en sus hogares míseros, se refugiarán en los asilos de inválidos. El Placer recobrará la posesión de sus templos. Las fiestas dionisiacas modernas resurgirán con más estrépito. ¡Se borrarán las huellas de la sangre generosa que allí fué vertida; se ahuyentará el olor repulsivo de la carne torturada y la mala peste de los desinfectantes; se rasparán en las paredes las cruces, las frases doloridas, las oraciones que han trazado los dedos temblorosos de los agonizantes, y se descubrirán los techos en que Dafnae aparece desnuda sobre su lecho recibiendo la lluvia de las monedas de oro!...

AMADEO DE CASTRO



La terraza del Casino de Étretat

des de decadencia. Y fué en Dieppe, en el Havre, en Houlgate, en Etretat, en Grandville y en La Bourboule, y también en todas las playas y balnearios del Mediodía, donde los Casinos quedaron convertidos en hospitales. Los grandes salones se vieron invadidos por las ringleras de camas. Las mesas del bacarrat y de los caballitos fueron expulsadas de aquellos lugares, donde el Dolor hacía su aparición trágica. A las mundanas sucedieron las afiliadas de la Cruz Roja, las enfermeras voluntarias que venían á compartir el duelo nacional con sus hermanos, con sus novios, con sus maridos, con otros hombres luchadores como estos, ofrecidos en sacrificio en el altar de la patria... Y aquel lujo, aquella alegría de los techos cubiertos con cuadros simbólicos, donde la Fortuna y el Amor atraían incautos, donde Dafnae recibía lluvia de oro desnuda sobre su lecho, donde Venus se mostraba calzada con zapatitos Luis XV, eran un reproche, eran una burla para los que, heridos,



La playa del Havre



# PÁGINAS POÉTICAS



## La balada del lujo



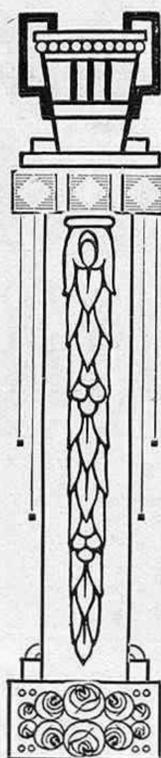
Noble dama de altiva hermosura  
que entre el lujo, de espléndidas salas  
magníficas tu humana escultura  
deslumbrante de joyas y galas,

coronada de perlas la frente,  
como un marmol perfecta y radiosa,  
con tu porte de reina indolente  
y tus líneas augustas de Diosa...

¡Si el valor de tus galas supieras  
y aún guardasen piedad tus entrañas,  
á raudales el llanto sintieras  
resbalar por tus negras pestañas!...

Para darle el fulgente tesoro  
de esas perlas de oriente irisado  
que á tu frente se engarzan en oro,  
¡cuántas vidas el mar se ha tragado!...

No son perlas que fulgen radiosas...  
¡Son las últimas gotas de llanto  
que en las muertas pupilas vidriosas  
se quedaron cuajadas de espanto!...



Y esos limpios y vivos rubíes  
que en tus manos fulguran tan rojos:  
tal se encienden y sangran los ojos  
de encelados y ardientes neblíes;

¿arrancados no son del veneno  
de la sangre humeante y calina  
que ha sembrado algún pálido obrero  
en la sombra espectral de la mina?...

Por labrar ese encaje que cela  
el candor de tu seno nevado  
¡cuánta casta doncella ha pasado  
la frialdad de las noches en vela!...

¡En silencio labraba esa alhaja,  
medio muerta de sueño tosía,  
á la par que la tisis tejía  
en la sombra también su mortaja!...

Bella dama que fuiste el encanto  
de las nobles y espléndidas salas,  
abomina y desprecia tus galas...  
¡Vas vestida de sangre y de llanto!...

F. VILLAESPESA

DIBUJO DE BARTOLOZZI



# RAYO DE LUNA



CÁMARA FID

En el claustro de iglesia centenaria  
su boca balbucea una plegaria  
y en su frente palpita una oración:  
rasga el silencio débil armonía  
y las notas de grave letanía  
simulan una mágica canción.



Ilustrado por la bella artista Blanca Hungria, en el claustro románico de la Colegiata, de Soria

Simbólica, en verdad, es su figura:  
contrasta con su aroma y su hermosura  
un silencio de muerte y majestad;  
y es porque al claustro solitario y frío  
ha llegado la vida, como es: fo  
que irrumpe en su invernal austeridad.

Jesús CASADO

FOTOGRAFÍA DEL MISMO



## MONUMENTOS ESPAÑOLES

## EL MONASTERIO DEL PARRAL

A media ladera del pintoresco valle del Eresma, y frente á los acantilados riscos que sirven de asiento á la imponente mole del Alcázar segoviano, se descubre, destacando su severa fábrica sobre el mar de follaje que tapiza las márgenes del río, éste, en otro tiempo suntioso, Monasterio, hoy abandonado, mal trecho y ruinoso.

Frondosas alamedas, que justifican el proverbio que dice: «de los huertos al Parral, paraíso terrenal»; un puente, con espléndida vista á ambos lados, y una empinada calleja, conducen frente á este convento, construído sobre el lugar que ocupó una pequeña ermita, y que fundó D. Juan Pacheco, marqués de Villena, en cumplimiento de un voto hecho á la Virgen.

Cuenta la tradición, que habiendo concurrido el marqués á un desafío, concertado con otro caballero, en las inmediaciones de la citada ermita, encontrase con que, en lugar del sólo adversario que esperaba, eran tres los que se aprestaban á irabar con él combate. No se amedrentó por esto, y encomendándose á la Virgen del Parral, y gritando á su enemigo «villano, no te valdrá tu traición, que si uno de tus compañeros cumple su palabra, no saldrás vencedor», empuñó sus armas y arremetiendo contra ellos, logró ponerlos en fuga.

En conmemoración de este suceso, cuya feliz resolución atribuyó á la mediación de la Virgen, y en acción de gracias á la misma, decidió levantar el monumento de que hoy nos ocupamos, empresa en que fué eficazmente ayudado por su señor, el entonces infante D. Enrique.

Encargóse de los planos el segoviano Juan Gallego, activáronse los trabajos y en 10 de Diciembre de 1447 tomaba posesión del convento su primer prior Fray Rodrigo, de Sevilla, de la Orden de los Gerónimos, á cuya comunidad fué donada la fundación, inaugurándose la obra en 1459, cuando ya ceñía la corona de Castilla el hijo de D. Juan II. Tomaron parte en su construcción afamados artífices, entre ellos Juan y Bonifacio Guass (célebres por San Juan de los Reyes), Bartolomé Fernández, que talló la sillería de coro, y Francisco González y Diego de Urbina, á quienes se debe el retablo.

Llegó á gozar de gran importancia y riquezas gracias á la protección de los reyes, que le hicieron valiosas donaciones, pasando por sus clau-

ros varones tan eminentes como el que más tarde llegó á regir los destinos de la Iglesia bajo el nombre de Urbano VII, y Fray Pedro de Mesa, privado de los Reyes Católicos.

Sólo la desmantelada iglesia y unas ruinas de lo que fueron celdas, patios y hospedería, quedan para dar fe de lo pasado.

La primera es lo mejor conservado de toda la edificación, dando acceso á su interior una portada gótica, que de haberse terminado hubiese sido de gran belleza arquitectónica, á juzgar por los mutilados res-

tos que se levantan hasta los apoyos del arco, encima del cual, y en dos grandes escudos, están esculpidas las armas del fundador. A la derecha se eleva la torre, de cuadrada planta, con ventanas góticas y coronada por calada crestería del mismo estilo.

Trasponiendo la puerta péntrase en la nave principal, ocupada en su mitad por un arco rebajado que sustenta al coro, existiendo á derecha é izquierda varias desnudas capillas, á excepción de una, en la que se conservan amplias ornacinas de fina y calada arquería. A continuación, el crucero, de no muy amplias dimensiones, y en el fondo la capilla mayor, con su retablo de estilo plateresco, decorado con preciosos relieves de la vida de los Santos.

En los muros laterales del ábside se encuentran los dos suntiosos sepulcros del fundador y su esposa Doña María Portocarrero. Son del Renacimiento, labrados en mármol blanco, ostentando en sus pedestales los símbolos de las virtudes cardinales, y, sobre ellos, dos grandes hornacinas, en cuyo frente se destacan relieves de pasajes del descendimiento y entierro de Jesucristo. En el centro de ellas, aparecen, respectivamente, las figuras del marqués, arrodillado y en actitud de orar, seguido por un paje, portador de sus armas, y la de la marquesa, en igual actitud y seguida, asimismo, de una doncella.

En el brazo derecho del crucero se abre la puerta de la sacristía, bajo un arco oji- val, primorosamente festoneado, y con artística portada del gótico decadente, á la izquierda de la cual se admira el valioso enterramiento en alabastro de Doña Beatriz Pacheco, condesa de Medellín é hija bastarda del marqués. Aparece en él la es-

tatua yacente, descansando sobre la bien trabajada urna cineraria, decorada con tres relieves de doctores de la Iglesia.

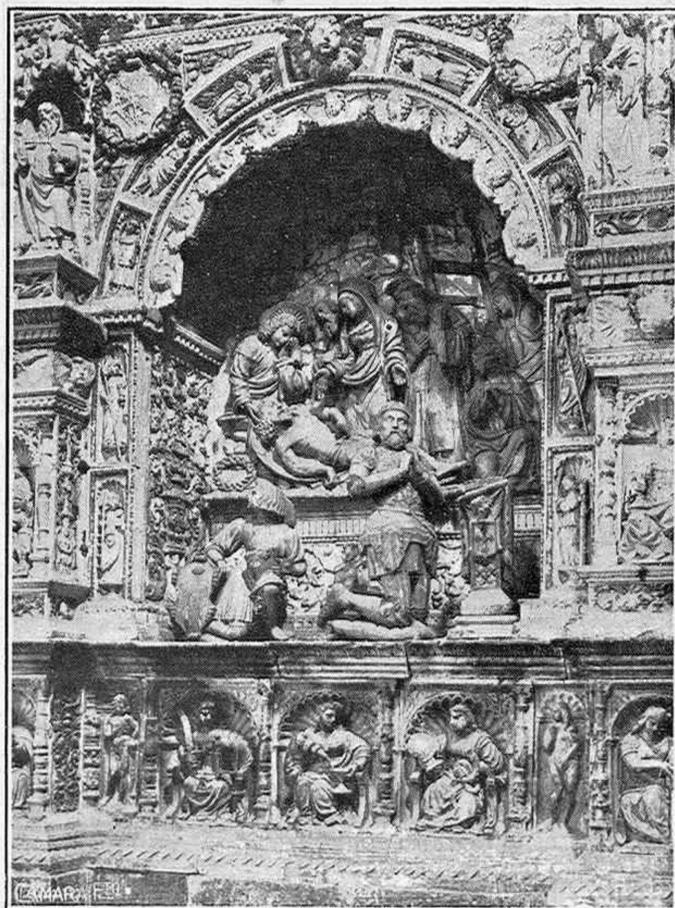
La magnífica sillería del coro, supónese que fué trasladada á Madrid, librándose así de seguir la misma suerte de las demás riquezas que encerraba el templo.

Todas las demás dependencias, la sacristía, la bella puerta de acceso al claustro, éste mismo, los patios y la hospedería, todo se encuentra en estado ruinoso, ofreciendo á la vista un triste y desolado cuadro, en el que impera la incuria y el abandono. Obstruyen el paso, bóvedas derrumbadas y sillares desprendidos, abrojos y plantas silvestres crecen entre las rendijas de las piedras invadiendo las naves, y el silencio de tumba que reina entre aquellos vetustos muros, no es interrumpido por otros ruidos que los cantos de los pajarillos y los mugidos de una vaca, que mira con ojos asombrados al viajero, que, curioseando por los laberínticos corredores, llega hasta el patio que le sirve de establo. Mas, no te asombres, lector; la Alhambra ha sido refugio de gitanos.

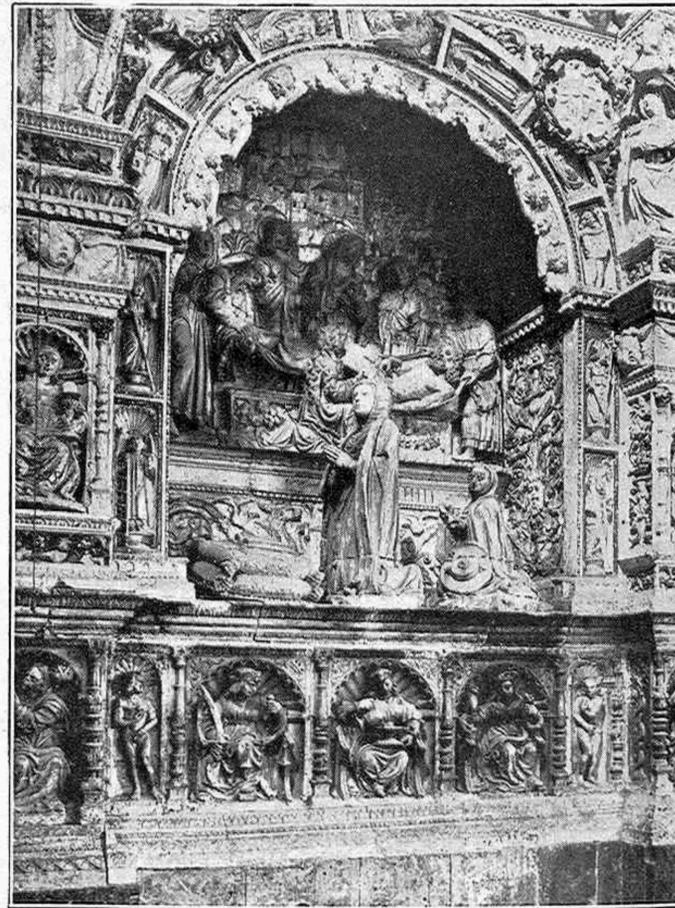


Puerta de acceso al claustro del Monasterio del Parral (Segovia)

FOTS. BONILLA

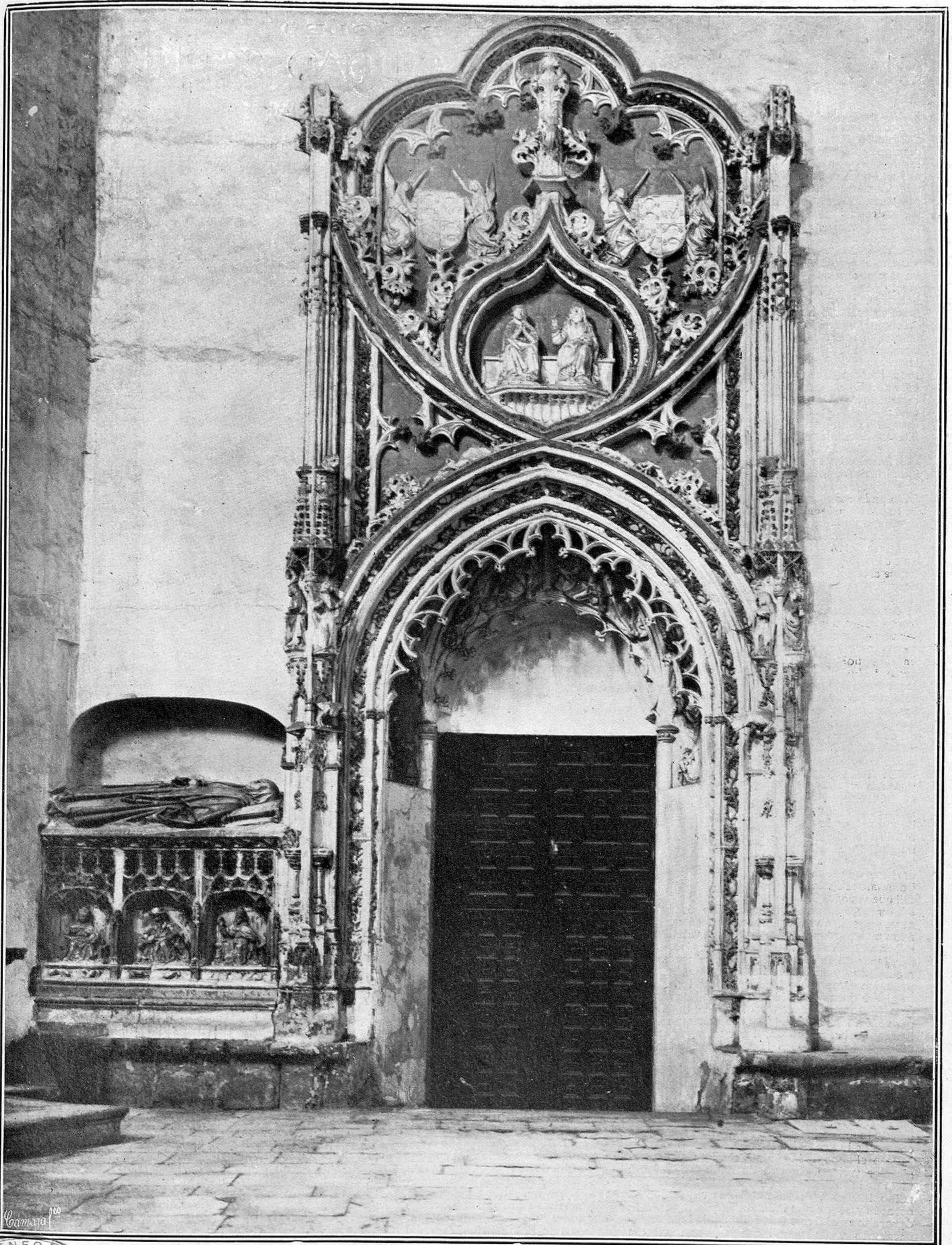


Sepulcro de D. Juan Pacheco, marqués de Villena, en el Monasterio del Parral



Sepulcro de Doña María Portocarrero, marquesa de Villena, en el Monasterio del Parral

Antonio BONILLA



ATENEODE  
BIBLIOTECA  
MADRID

ATENEODE  
BIBLIOTECA  
MADRID

PORTADA DE LA SACRISTÍA Y TUMBA DE DOÑA BEATRIZ PACHECO, CONDESA DE MEDELLÍN,  
EN EL HISTÓRICO MONASTERIO DEL PARRAL (SEGOVIA)

FOT. BONILLA

## CUENTOS ESPAÑOLES

## EL SORTILEGIO DE LA CIUDAD SEPULTADA

LA ciudad de Is era inmundicia y maravillosa. Enorme, sus arrabales perdíanse en las llanuras yermas, áridas y desoladas, que tenían sus planicies polvorrientas y amarillas hasta las lejanas cordilleras alzadas como murallones de una fortaleza inexpugnable, más fantástica y misteriosa envueltas en su sudario de azuladas brumas. Uno de sus extremos tocaba con extensa playa que, fortificada por diques, compresas y fuertes muros, separábale y defendíala del mar, un mar azul y sereno en los breves días del estío, verde, misterioso y bravo en las interminables horas invernales. Era un mar que gemía, bramaba y azotaba furiosamente los baluartes que contra él alzaban los hombres. Dentro del recinto amurallado érase un conjunto hórrido de chozas miserables, donde toda inmundicia tenía su habitación y toda incomodidad su asiento. Eran barrios inmensos donde la suciedad, el vicio y el crimen anidaban; hacinaamientos de cubiles, dignos de alimañas feroces; laberintos de callejones lúgubres, húmedos y pestilentes y triunfando sobre ellos colosal, implacable, agobiándolos con su sombra de muerte, la fortaleza del Rey. Sólo su colegiata alzaba, frente al orgullo del alcázar, el orgullo de sus torres coronadas por la enseña del Galileo. Pero el pueblo odiábale y temía por igual, y en vez de agolparse en los patios del alcázar ó deslumbrarse en las pompas litúrgicas prefería revolcarse en los lupanares y tabernas de la judería, especie de suburra de la villa. En la ciudad de Is, como en las del Pentápolis, vivían todos los pecados y todas las abominaciones. Inútil que el viejo Rey Grallón quisiese imponer allí la religión cristiana, inútil que hubiese hecho alzar una catedral que con el castillo dominase la ciudad, inútil que varones justos construyesen santuarios; el pueblo ó vivía en atroz paganismo ó, lo que era peor, entregábase á las más burdas y peligrosas supersticiones, y mientras las voces de los sacerdotes de Cristo perdíanse en la soledad, brujas, nigromantes, alquimistas y hechiceros triunfaban. Estériles, pues, los esfuerzos del nuevo Loth; los santos de piedra dormían olvidados en sus hornacinas, entre grifos, basiliscos y dragones; la catedral permanecía abandonada, y las campanas, mañana y noche, repicaban, lloraban, plañiendo inútilmente y sus sonos lentos, monótonos, inacabables, iban á perderse en el mar.

Hóstil, aislado de los suyos, vivía el Monarca, prisionero en la lobreguez de su palacio, en compañía de Dahgut. Dahgut era su hija, su única heredera, la que más tarde había de empuñar el cetro, y el anciano Rey soñaba en hacer de ella la mujer fuerte que paseara victoriosa la enseña de la Fe. Pero el alma de la ciudad, el alma toda resplandor y cieno, el alma de reina y de ramera vivía en la Princesa. Un dolor secreto, como un pulpo inmenso, oprimía con sus tentáculos su corazón y sentía una inquietud misteriosa que la devoraba en ardiente fiebre; un ansia loca de abyecciones y de magnificencias, una tristeza egoísta, maligna y sensual. En la abrumadora desolación del alcázar, el alma de la Prince-

sa era como alimaña extraña y encadenada que soñaba con las fugas á través del desierto. Su existencia deslizábase monótona, uniforme, abrumadora, como una gota de agua que cayese sin cesar. Rodeada de hombres de armas, feos, sucios, negros y barbudos, que sólo pensaban en guerrear y para quienes el amor no era sino un gesto bárbaro en medio del saqueo, tenía por compañeros de su encierro una dueña vieja, casi ciega, cubierta de negras vestiduras y negros velos y dos bufones mudos, grotescos y contrahechos. Con ellos paseaba algunas veces á la caída de la tarde por las plataformas del alcázar ó por la playa solitaria. Y era doloroso ver á la Princesa melancólica y soñadora con sus ves-

cosas humanas. Y Dahgut lloraba sobre su hermosura, que se marchitaría sobre la riqueza que no llegaría nunca.

Un día la Princesa paseaba al borde del mar. La dueña ciega y los bufones mudos eran su cortejo.

La tarde bañábase en una belleza convencional de orfebrería, una de esas bellezas rutilantes que se esfuman y tornan opacas al través de las brumas de la evocación. Un cielo de ópalo envolvía en claridad lechosa todas las cosas; el mar tenía una glauca transparencia; por cima de los muros semiarruinados de un ignoto convento asomaban los árboles frutales de hojas de esmeraldas y manzanas de oro y de rubíes, y

por la torre en que las campanas tañían dulcemente arrullando á una pareja de palomas blancas, en guirnalda de peraltadas perlas y pálidos corales caían las campanillas blancas ó rosadas. Era un paisaje irreal, de balada ó de conseja, un paisaje de evocación casi mística.

Dahgut estaba triste. El misterioso anhelo de cosas imposibles torturaba su espíritu y su alma proterva y gloriosa, revolvíase como chacal prisionero en una jaula. Inconscientemente gimió:

--¡Nunca! ¡Nunca!...

Entonces hizo el milagro. Sobre la rara pedrería del mar surgió á lomos de un delirio quimérico un adolescente maravilloso. Poseía la gracia de los efesos griegos, la armonía de un Baco ó un Ganémedes. Su piel era tersa y dorada; sus labios tenían la frescura de las cerezas y en sus ojos verdes dormía la cábala. Como ios faunos tenía patas de chivo y dos cuernecillos se retorcián sobre su frente entre los áureos rizos.

El adolescente sonrió á la Princesa y Dahgut sintió que el paisaje se glorificaba en luz y que algo nuevo, extraño, tenebroso

y dulce como la miel penetraba en su vida: la tentación.

ooo

Al abrir la puerta secreta que daba sobre un callejón lúgubre, húmedo y silencioso, una bocanada de aire huracanado azotóla furiosamente, haciendo tremolar los guñapos en que se envolvía. Todo era ahora siniestro y decía de maleficios y aquelarres. El viento silbaba entre las miserables casuchas, casi derruidas y hacía gemir lúgubremente las mal cerradas puertas; la luna—una luna redonda y amarilla de presagio nefasto—asomaba con largos intervalos por entre los nubarrones negros, y á lo lejos se oía rugir el mar. De tarde en tarde brillaba un relámpago que ponía livideces infernales en todas las cosas y un trueno apocalíptico sacudía la tierra.

La Princesa avanzaba rápida, indiferente para la tragedia de los elementos, extraña á todo lo que no fuera el mundo interno. Como persona conocedora de tales lugares, ó mejor como una sonámbula, á quien misteriosa fuerza arrastra no se sabe donde, orientábase prodigiosamente á través del enrevesado laberinto de calles sucias y lóbregas. Resuelta, andaba siempre sin sentir frío ni cansancio. Sus cabellos de oro tremolaban como llamas que agita el viento y sus ojos verdes dilatábanse para ver en las tinieblas.



tiduras de terciopelo azul, florecidas de lises de oro y sujetas á las caderas, por áureo cinturón, ambulando por el arenal junto á la vieja dueña cuyo rostro en la blanca toca era más amarillo, más ganchudo, infinitamente trágico, con sus pupilas turbias y mortecinas y sus encías sin dientes, y seguida de los silenciosos bufones.

Pero también, á veces, Dahgut, recatándose en las sombras de la noche, deslizábase por oculta puertecilla é iba á vagar por la playa en busca de los aquelarres que celebraban los brujos á la luz de la luna, ó refugiábase en las cabañas de los alquimistas que buscaban la piedra filosofal, ó, como una morbosa, recorría los callejones de la Judería en busca de no sé qué bárbaras emociones.

Dahgut era bella, infinitamente bella; el mar (su único espejo) se lo había dicho muchas veces; el mar habíale susurrado del misterioso encanto de sus ojos glaucos y transparentes, como las aguas de las lagunas que duermen en el fondo de los bosques encantados; habíale cantado la frescura de sus labios, que eran como tempranas fresas; la suntuosa magnificencia de sus cabellos de oro y la esbeltez de su cuerpo, que tenía la gracia frágil de los vasos de alabastro que besaban los sacerdotes en las ceremonias litúrgicas. Dahgut sabía del misterio de la vejez y de la muerte, de lo efímero de las

Al fin por un pasadizo inverosímil llegó á una callejuela aún más negra y temerosa y ante la entrada de mísero zaquizamí, que era á modo de cueva abierta en la montaña, se detuvo. Llamó y los tablones que hacían las veces de puerta se abrieron, dejándola paso.

Era el recinto pequeño y miserable, apenas alumbrado por la vacilante luz de una antorcha que desprendía un humo negro y pestilente. Un hedor insoportable de miseria, de suciedad, de cuerpos humanos, vinos agrios y pescados podridos, ahogaba. Sentados en toscos bancos, con armas y arreos de guerra, unos cuantos hombres, soldados del castillo, dormitaban ó jugaban.

Dahgut dirigióse á un rincón donde una vieja hechicera aguardaba, con sus ojos que brillaban como fuegos fatuos clavados en la puerta. Era una vieja repugnante. Su rostro, todo cubierto de arrugas, tenía un misterio geroglífico; la boca sin dientes se hundía, mientras la nariz ganchuda iba á buscar la barbilla, formando á modo de pico de un ave de rapiña, que la luz de la tea agrandaba en fantasmagórica silueta sobre la pared; revueltas greñas coronaban su cabeza y sus manos eran como haces de sarmientos. Vestía de polícronos pingajos y sartas de cuentas de vidrios de vivos colorines formaban irónicos collares á su cuello de gallina desplumada.

Sin repugnancia, la Princesa sentóse junto á ella y entonces la bruja habló:

—¡Dahgut, es preciso decirte! El invierno pasará como pasan los días todos de la vida; los Genios del Mar se alejarán y tal vez te olviden.

Dahgut murmuró:  
—¡Tengo miedo!  
La vieja echóse á reír, con atroz sarcasmo.  
—¿Miedo, tú, Dahgut, la Princesa fuerte?

Y como callase, habló ella con una voz en que súbitamente se había hecho una gran dulzura, algo de tentador, que era caricia y sortilegio:

—Oyeme, Princesa; tu vida no puede ser perennemente así. Eres bella y grande; tu cuerpo es demasiado bello para ser solo adorado por un guerrero que lleve por airón la cruz. ¿Qué pueden importarte todas esas pobres gentes, que están contentas con su miseria como un lazario con su lepra? ¿Qué esos hombres de guerra para quienes el amor es un episodio del saqueo?... Es preciso que tú oigas la voz del Mar y abras las defensas del Castillo.

Dahgut callaba, tronchada la cabeza sobre el pecho. La hechicera siguió:

—En el fondo del mar hay jardines de maravilla y alcázares de cristal. Hay piedras que tienen la luz verde de tus ojos y otras que son como tus labios hechos flor. Hay peces de oro y temblorosas cintas de plata. Pero allí, sobre todo, te espera el amor. Y es el amor único, el amor que no envejece nunca, que es siempre bello y joven y dulce como la miel; es el placer perpetuo, el perenne deliquio. ¿Di, Dahgut, abrirás las compuertas al mar?

La Princesa murmuró débilmente:  
—Las abriré.

ooo

En lo alto de la torre, junto á las palancas que servían para abrir las compuertas de defensa de la ciudad, Dahgut se detuvo, temblorosa, vacilante, en la hora suprema.

La tempestad hacíase imponente; el huracán bramaba furioso; el cielo opalino rasgábase en la tremebunda lividez de los relámpagos, y el

mar, hinchado en monstruosas olas, azotaba bárbaramente los riscos de la costa, rompiendo en maravillosas trombas de espumas. Y firme, insolente, como un baluarte inexpugnable, la fortaleza se erguía fantasmal en el espanto de los enfurecidos elementos.

Súbitamente, la Princesa creyó sentir en sí una fuerza nueva, un impulso que fortalecía su voluntad espantando inoportunas cobardías, una energía física insospechada; acoró sus músculos y, casi inconsciente, hizo marchar la palanca.

Primero fué un glu-glu sordo y sostenido como de un líquido que penetrase por enorme embudo; después un rugir de cascada, y, al fin, un espantable fragor de cataclismo geológico... Dahgut vió, muda de espanto, la masa plomiza con reflejos de plata y remolinos de nieve, que subía, subía, lo envolvía todo, lo sepultaba todo. Y al

en columnas, sostenían arcos de diamantes de los que, en quiméricas parras, pendían el ámbar y las perlas. Una luz verdosa lo envolvía todo, y por entre los arbustos de coral de quiméricos jardines, como aves prodigiosas, pasaban los leves temblores de oro de insospechados peces.

Hacía siglos, muchos siglos, que Dahgut vivía allí una vida extraña de fasto y voluptuosidad. Todos los vagos ensueños de pompa y de riqueza que acariciara en las tristes horas de Princesa milenaria, habíanse hecho realidad. Todos los malsanos deliquios sospechados llenaban su vida de voluptuosidades nunca vistas. Su amante, el Señor del Mar, era único y multiforme. Y por la piel de raso de la Princesa cautiva pasaban los temblores que provocaban los dedos sabios de los jóvenes tritones, la aspereza

de los viejos dioses marinos, el leve estremecimiento puesto por el helado resbalar de los reptiles y la suprema angustia con que le oprimían los tentáculos de los enormes pulpos. Y la Princesa de Is vivía una vida vaga y soñadora que algunas veces rasgaban con una nota de atroz melancolía las campanas que repicaban siempre, tristes, llorosas, inexorables.

Un día, Dahgut dormía en la enorme concha que le servía de lecho. Los delfines guardaban su sueño y pececillos de raros metales aleaban vagando lentamente en derredor de ella. Súbitamente despertó con la impresión de algo raro, insólito y taumatúrgico.

Entonces vió un cadáver que descendía hacia allí. Muchas veces, en su misteriosa existencia submarina, había visto los cadáveres de los ahogados que pasaban en torno á la ciudad cristalina, haciendo raras muecas, gestos inarmónicos y absurdas zalamas. Pero nunca habíanse acercado á ella. Esta vez el muerto bajaba rápido y al fin hallóse frente á la hija del Rey.

Era un viejo peregrino con el balandrán lleno de conchas. Los peces habían devorado su nariz y sus ojos y le habían dado un aspecto horrendo. Y, sin embargo, tenía una secreta dulzura, un encanto de ultratumba que reverberaba como una luz.

El peregrino habló y su voz era suave y sus palabras evocadoras.

—¿Eres feliz, Dahgut?  
Como la Princesa callase, prosiguió:

—No, no eres feliz. Tienes la riqueza que deseabas y el placer que te atraía como la manzana á Eva. No, no eres feliz—repitió convencido—. Hubo un tiempo en que los hombres se creyeron dichosos sobre la tierra porque despreciaban el dolor y la muerte. Sus dioses eran sus vicios ó sus pasiones, pero en el fondo de su alma había un

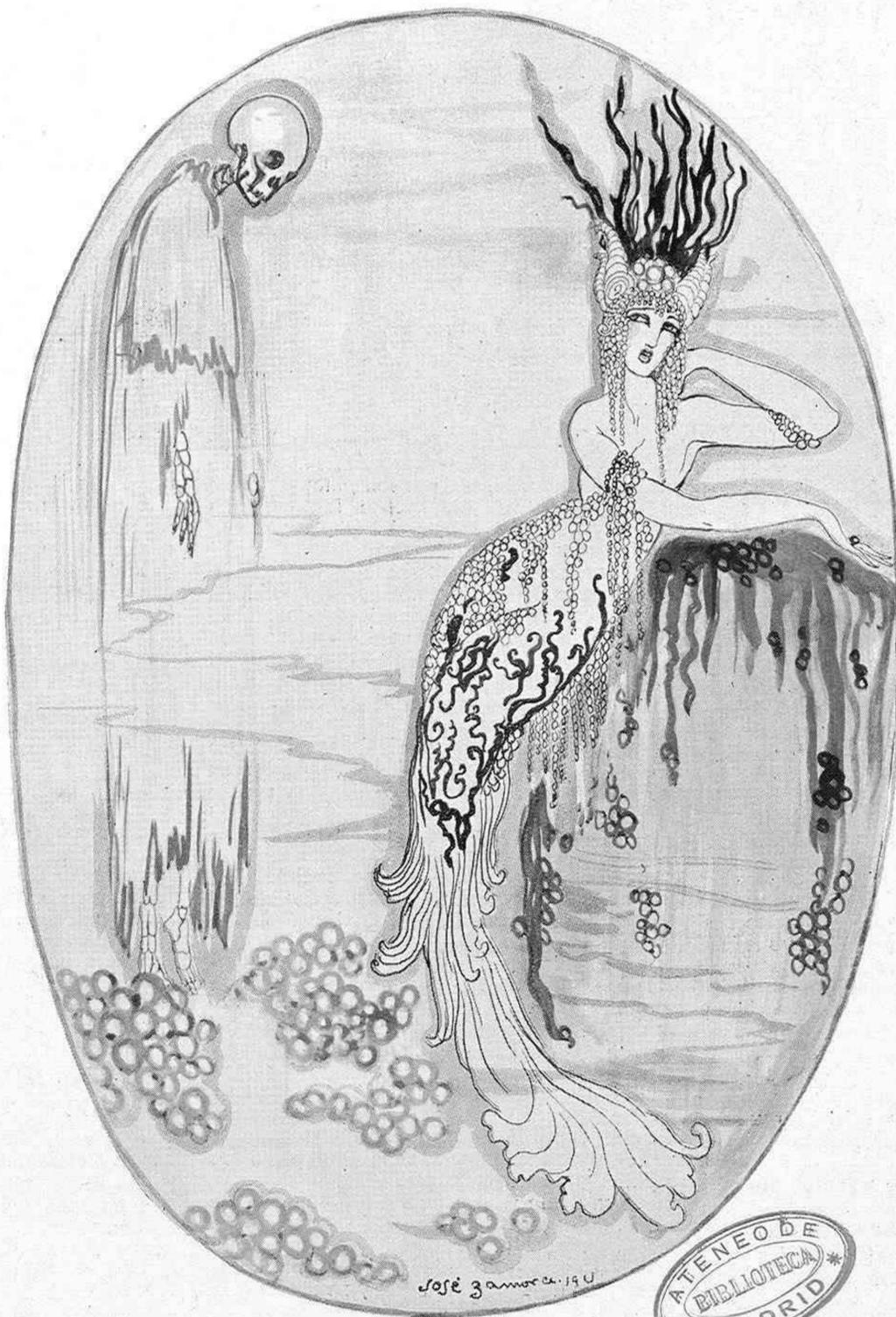
anhelo de algo más y no eran dichosos. ¿No sabes, Dahgut, que vino un Galileo que predicó que sólo al través de la pobreza, del sufrimiento y de la muerte, podía hallarse la dicha? ¿De qué te sirven esas riquezas de que no puedes gozar, esa vida que no tiene fin? Todos los placeres no valen un minuto de dolor cuando ese dolor es la llave de la vida del alma.

Calló el peregrino. Dahgut sentía ante él algo muy hondo, que se deshacía, al fin, en un anhelo inmenso á modo de ensueño de paz.

Y el peregrino era la Muerte que venía á liberarla de la ambición y el amor, el doble sortilegio de la ciudad sumergida.

ANTONIO DE HOYOS Y VINENT

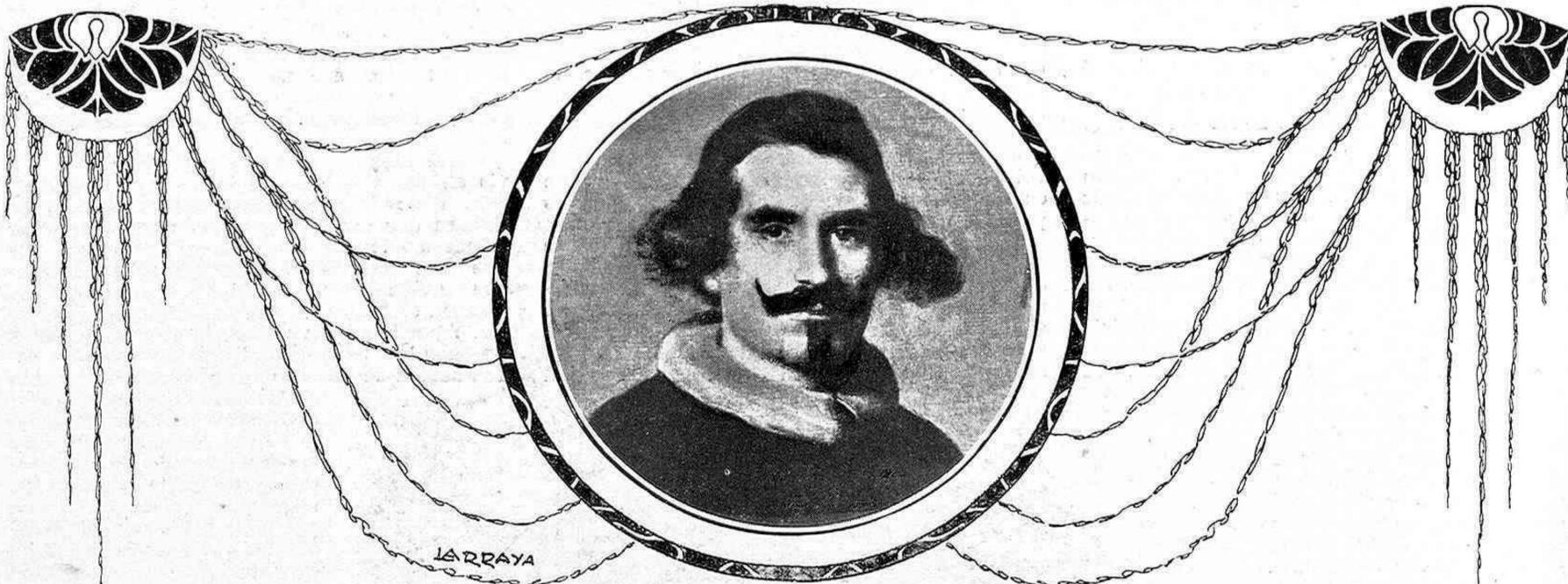
DIBUJOS DE ZAMORA



mismo tiempo, la fortaleza se hundía, primero, lentamente, luego, con rapidez vertiginosa en el líquido abismo. De pie, trágica, fatal, la Princesa contemplaba la hecatombe. No llegaban hasta ella ni los gritos, ni los lamentos, ni los apóstrofes de suprema angustia, y sólo el trágico hervir de las aguas llenaba sus oídos. De improviso, sobre el ruido trágico, sonó un toque argentino, y luego otro, y otro después. Y mientras la ciudad se sepultaba para siempre en el fondo del mar, repicaban, lentas, sonoras, misteriosas, las campanas de Is.

ooo

Todas las cosas tenían contornos de ensueño. Las viejas piedras de la fortaleza habíanse hecho transparentes y poseían la glauca luminosidad de las esmeraldas. Enormes peridotos, tallados



D. DIEGO DE SILVA VELAZQUEZ

## El fin de una vida insigne

### UNA PUESTA DE SOL

(Relación que de la muerte del aposentador D. Diego de Silva Velázquez, hace un hidalgo que le trató.)

(6 de Agosto de 1660)

HECHAS que fueron en San Sebastián las bodas de la Señora Infanta Doña María Teresa con el Rey cristianísimo de Francia, tornó á Madrid el de España. En su comitiva venía Diego Velázquez; tan poco provecho había hecho la jornada, que cuando le ví ¡por Dios! que costome trabajo el reconocelle.

El semblante traíale enteco y muy tostado del sol, el cabello con tantas hebras de plata, que más era ya blanco que negro, como pocos meses antes.

Una tosecilla pertinaz y seca fatigábale harto.

—Deme acá esos brazos—le dije— que nunca más pensé volver á ellos.

Y habiéndomelos dado, con mucho afecto apretábale entre los míos.

—Pues, ¿por qué pensaba vuesamerced que no habría de tornar á abrazarle?, preguntó, y yo le respondí que porque en toda la corte, habíase corrido la mala y falsa nueva de que había muerto durante la ausencia y aun en su misma familia se acogió como cierta, por lo que su mujer doña Juana Pacheco había quedado muy quebrantada.

Nublósele un mucho el semblante y mirándome luego, muy fijamente, continuó:

—Quizás no hayan hecho más de adelantar un poco la noticia, pues no piense vuesamerced que eso está muy lejos...

Juntos salimos del Buen Retiro y juntos nos encaminamos á su casa.

Ya Doña Juana sabía la llegada y esperábale, con todo el amor de su corazón hecho lágrimas.

ooo

La postrera vez que ha estado en Palacio yo le ví, y aun creo que fué la última persona que allí le hablara.

Díjome que sentíase muy fatigado y con fuertes angustias en el corazón. Aconsejéle que retirase á descansar y respondió que así lo haría, y por el pasadizo se marchó á su casa.

No se me olvidará que era el 31 de Julio, día en que la Iglesia celebra la fiesta de San Ignacio de Loyola.

Halleme al doctor D. Vicencio Moles al cruzar el Prado y contele el caso, añadiendo que no pensaba bien de aquella indisposición del pintor más notable de cuantos hubo en España, y tengo para mí que en todo el mundo.

Queríale bien el discípulo de Galeno, y en aquella mesma tarde pasó á verle.

Desde el primer momento comprendió que el mal venía traídoramente embozado.

Supo el Rey la noticia, y como á su manera

(que no era franca ni efusiva con nadie) le quería bien, pues no en balde conoce que más ha de pasar á la inmortalidad por los pinceles de su aposentador que por los hechos famosos con que ilustrara su reinado, envió sus médicos don Vicente Alva y D. Pedro de Chavarri.

Todos tres celebraron consulta y diagnosticaron que lo que D. Diego padecía, era terciana sincopal y que sus días estaban contados.

¿Para qué hacer crónica del dolor inmenso que entró en aquella casa, se expandió por todo el Alcázar, y repercutió en todos los palacios de la nobleza? Fué el único día que ví llorar á *Soplillo*, el bufón.

Por orden del Rey preparóle para el eterno viaje (que todos habemos de hacer), el obispo de Tiro y patriarca de las Indias Dr. D. Alonso Pérez de Guzmán el Bueno, el cual hizole una larga y sentida plática, que parece que sirvióle de mucho alivio en el espíritu.

Desde el primero momento no ocultósele al enfermo el peligro y conoció cuán cerca estaba del agosto paso de la muerte. En lugar de llenarse de tristeza, una tranquila y santa alegría tornábale el ánimo por entero y procuraba disuadir á todos, y más á su esposa, de que cerraran el paso á la pena.

Otorgó testamento y nombró albacea á su íntimo D. Gaspar de Fuensalida, Grafier de su Majestad.

Recibió al Señor el día de su inmemorable transfiguración, que es á los seis días de Agosto y tras ello, como si nada quedárale que hacer sobre la tierra, tornose hacia la pared, cerró los ojos y fuélos á abrir en la otra vida.

Nunca en duelo alguno he visto dolor más intenso, más desgarrador que el de Doña Juana Pacheco. Se quedó abrazada al querido muerto sin poder llorar, y mirándole y besándole el rostro pasó más de dos horas, que ya cuando se le quiso vestir estaba rígido.

ooo

Vestímosle el hábito de Santiago, con manto, sombrero, espada, botas y espuelas y dejámosle sobre el mismo lecho en que murió, por toda aquella noche.

Muchos fuimos á velarle, y sin apartarse un punto del aposento mortuorio, su esposa y don Gaspar de Fuensalida; no lo sintiera más este hidalgo si perdiese padre ó hijo, que ha sentido la muerte de Velázquez. Pocas amistades desta índole van quedando en el mundo.

Cuanto hablaba no era más de panegírico excelso de su camarada.

Recordaba casi día por día desde que entró en Palacio, llamado por el Conde-Duque (que yataba de su arte maravilloso) el año 1623; aquel retrato del dicho ministro, que fué llave para hacer todos los del Rey, sin que otro pintor alguno

disputárale este privilegio. Cuando el 23 de Octubre de aquel año fué nombrado pintor de cámara con 20 ducados anuales.

Cuando hizo aquel famoso retrato ecuestre de su Majestad, que levantó tan contrarias opiniones, y fué, al fin, asombro general.

Y con grave y conmovida voz, continuaba:

—Oigan este soneto que le envió D. Juan Vélez de Guevara, hermano de «El Diablo Cojuelo»:

Pincel que á lo atrevido y á lo fuerte  
les robas la verdad, tan bien fingida  
que la ferocidad en tí es temida  
y el agrado parece que divierte.  
Dí, ¿retratas ó animas? pues de suerte  
esa copia real está excedida,  
qu' juzgara que el lienzo tiene vida  
como cupiera en la insensible muerte.  
Tanto el regio dominio que ha heredado  
el retrato publica esclarecido,  
que aun el mandar, la vista le ha escusado,  
y ya que en el poder es parecido,  
lo más dificultoso has imitado,  
que es más fácil el ser obedecido.

Y así pasamos la noche, entre recuerdos y anécdotas, como es uso y costumbre en honor y loor de los seres queridos que nos lleva Dios.

Aun se trajo á cuenta la necesidad, egoísmo y miseria del monarca, que tuvo á uno de los hombres más grandes de su siglo, esclavizado entre la servidumbre baja...

Y alumbró Febo, risueño y gentil, y nos halló traspuestos, que el cansancio es más fuerte que el dolor...

ooo

Llegó el sábado, y á la una de la tarde trajeron el ataúd, que era todo de terciopelo negro, con galones y clavos dorados, metimos en él cuerpo, y así como se hizo noche cerrada organizóse el traslado á la Parroquia, que era la de S. Juan el Bautista.

No se me olvidará en todos los días de mi existencia aquel «adiós, vida mía» con que Doña Juana despidió el cadáver del que fué su compañero por más de cuarenta y dos años, pues matrimoniaron, en Sevilla, el 23 de Abril de 1618.

Recibimos el cuerpo en la iglesia los cabaleros ayudas de Cámara del Rey, condujimos al túmulo que había en medio del templo, donde quedó hasta la mañana siguiente, que bajósele á la bóveda y diósele tierra en la sepultura de su entrañable amigo D. Gaspar de Fuensalida, que, por el mucho amor que le tuvo, quiso conceder esta cortesía á los restos del gran D. Diego...

Poco sobrevivió su Doña Juana, que apenas eran cumplidos nueve días de que sola quedara en el mundo fuese á buscar el alma que tuvo por compañera. No se me olvidará tampoco esta fecha, 14 de Agosto de 1660...

Por el hallazgo,

DIEGO SAN JOSÉ

LO QUE FUÉ  
**PERROS GRANDES Y CHICOS**

(DE LAS MEMORIAS DE UN GACETILLERO)

Al empezar el año 1881, decidieron de su suerte económica los periódicos españoles. Costaban los diarios de entonces dos cuartos, moneda de cobre que se retiró para que sólo circulase la de céntimos, la de los *perros*. Tal nombre tuvo origen popular; al ver el león que había y hay en el reverso de las piezas centesimales, la gente empezó a decir que aquello era un perro, y como perro quedó, llamándose grande al de las monedas de diez céntimos y chico al de las de cinco. El remoque se abrió camino y no ha sufrido, desde entonces, otro cambio que el de sexo, pues indistintamente se habla de perros y de perras cuando se trata de indicar las monedas de bronce que circulan en nuestro comercio.

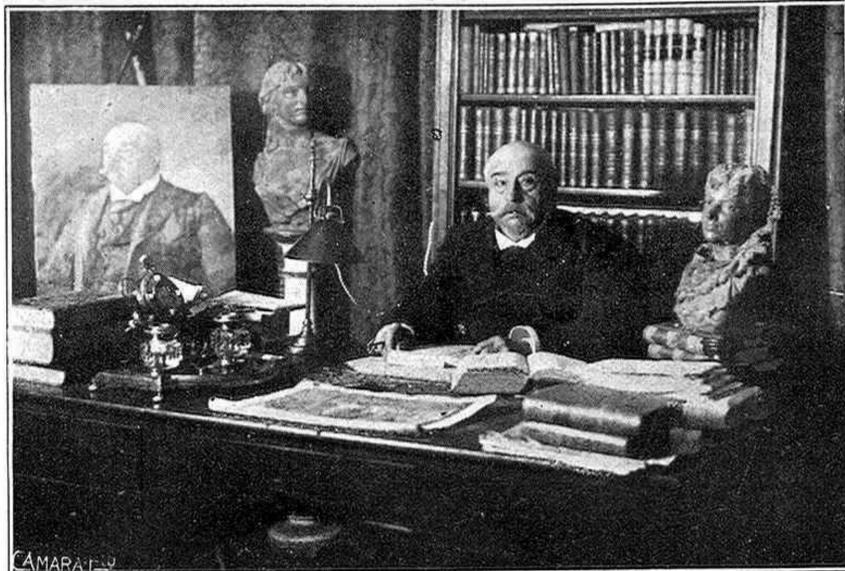
Repito que al aparecer los *perros* decidióse la suerte económica de nuestros periódicos. Costaban, como queda indicado, dos cuartos, cuando era su tamaño cinco ó seis veces menor que el de ahora; y su publicación acarrea gastos exigüos, por que no había informaciones telegráficas copiosas, las redacciones requerían personal reducido y se satisfacía el público con unas cuantas noticias y varios artículos; eso sí, el artículo de fondo doctrinal grave, serio, campanudo, representaba la gala y orgullo de las hojas volanderas destinadas á contarle al público cómo iban las cosas del mundo, empezando, ¡claro está!, por las de casa.

Al desaparecer la moneda de dos cuartos, se pensó por los dueños de periódicos—aún no se había generalizado lo de las empresas, con carácter anónimo—si el precio de dos cuartos podría suplirse con el perro chico ó con el grande. Suscitáronse dudas, vacilaciones. De pronto, un periódico tuvo un arranque, ofreciéndose á la venta por cinco céntimos, y los demás, como era lógico, le siguieron. Mediante cinco céntimos, es decir, tres, pues los dos restantes quedan en las manos de los vendedores, se sustituyó el ingreso de dos cuartos por ejemplar, establecido hasta el año '80, y cuando las exigencias del progreso obligaron al aumento de tamaño, á mayores gastos de informaciones, á multiplicar los temas periodísticos y, por consiguiente, el personal encargado de tratarlos, se echó de ver cuán distinta hubiera sido la suerte económica de los diarios y de las revistas de España, donde el papel cuesta más que en ningún otro país, si en los comienzos del año '81 se deciden los editores por el perro grande ó gordo, que de las dos maneras suele nombrarse, en vez del perro chico ó flaco, para el cual, según reza el adagio, son todas las pulgas.

Por cierto que allá por aquellos días que evoco, apareció un diario titulado *El perro grande*, vendido al precio de su título y poniendo por cebo una especie de lotería para engatusar á los compradores. El público no hizo caso de sorteos ni de rifas, dejando en el mayor desamparo á la publicación, que fiaba su suerte en brindársela á los lectores, en vez de ofrecerles, como debe ser, cuando se trata de publicaciones periodísticas, trabajos amenos; interesantes, noticias variadas y exactas, cuanto forma lo que pudiera llamarse el libro del pueblo.

Casi coincidió con la aparición de las perras grandes y chicas la de un folleto político titulado *Veinte años en el poder*, folleto en el cual, su autor, el conde de las Almenas, padre de la distinguida persona que ahora ostenta tal título, pedía que los conservadores, con Cánovas al frente, estuvieran veinte años ocupando el gobierno.

Lo de los veinte años cayó como una bomba entre los fusionistas, es decir, los liberales de entonces, ya un poco recelosos, por que á pesar de haber atenuado su programa no conseguían que los llamasen al gobierno. Por fortuna, la petición del conde de las Almenas resultó de mal agüero para los conservadores. A los pocos días de publicado el folleto se produjo la crisis, la llamada del miedo, y Cánovas, el invencible, el poderoso de entonces, cedió el puesto á Sagasta, aquel hombre simpático, sugestivo, extra-



EL CONDE DE LAS ALMENAS

ordinario, que era elocuente sin hablar y eficazísimo sin hacer nada. Tenía un colaborador insuperable: el *Tiempo*; no conocía ni de vista lo que se llama en el mundo urgencia; no se tomó nunca un disgusto ni puso un mal gesto; jamás dijo que nó á nadie y nunca hizo cosa que contrariase á su voluntad. En las horas más exaltadas, más confusas, mostróse siempre como rosieler (metáfora de uno de sus discursos) que anuncia venturas cuando parecen mayores los riesgos.

Pues bien, subió al poder Sagasta y con él los liberales, estallando el júbilo en todo el país. Pareció que se ensanchaban los pechos, que la alegría inundaba todas las almas españolas.

Romero Robledo, la víspera de marcharse de Gobernación, estuvo en su despacho para decir adiós á los amigos. Entonces, la actividad en el Ministerio de la Gobernación hallábase en su apogeo, desde las doce de la noche en adelante. El jefe de los húsares, repartió, al despedirse, sonrisas, apretones de manos y ofreció el último chocolate y empezaron en seguida las cesantías y los nuevos nombramientos.

Por que en el tiempo á que aludo, un cambio de política equivalía á un cambio de personal. Altos, medianos y chicos sufrían los trastornos de la variación de Ministerios. Al subir los liberales, se repartían los destinos entre los correccionarios, que los perdían cuando llegaba el triunfo de los conservadores. ¡Y aún dicen que no hemos progresado! ¡Y aún hablan, contra los políticos de ahora, cuatro caballeros que á lo mejor suelen ser de los que más importunan á

las personas de valimiento para que se les otorguen mercedes!

Al subir Sagasta, lo primero que se hizo fué restituir en sus cátedras á Salmerón, Castelar, Giner de los Ríos, Azcárate, Figuerola, González Linares, despojados de ellas por la arbitrariedad conservadora de entonces, que hoy parecería increíble, por que en esto de la tolerancia también se ha progresado mucho. A Clarín, el insigne escritor ¡ay! todavía no sustituido, le birlaron una cátedra en tiempos de Cánovas, dándosela al segundo lugar de la terna en que él figuraba como primero. Pues bien, al subir los liberales repararon la injusticia, y el maestro del humorismo español entró en el profesorado para enaltecerle.

Todo lo hizo con gran premura el ministro de Fomento de entonces, Albareda, un hombre de lo más español que ha habido en nuestra política; popular, cuando se necesitaba; aristócrata, en los momentos precisos; chancero, en ocasión oportuna;

enérgico, en circunstancias adecuadas; elocuente, amable; un gran señor en los salones y un camarada para cuantos tenían trato ó relación con él. Ministro más sugestivo nunca se vió y se han visto muchos simpáticos.

Coincidieron con la subida de los liberales grandes acontecimientos literarios. Menéndez y Pelayo entró en la Academia siendo todavía un chiquillo y los ancianos, que eran sus compañeros de inmortalidad, le saludaron como á un maestro. Echegaray estrenó *El Gran Galeoto*, que fué aplaudido de un modo extraordinario.

¡Cuánto gocé yo en aquel estreno! ¡Cómo aplaudí á D. José, sobre todo cuando terminó el segundo acto y ¡el final de la obra! Aparecía en el escenario el gran escritor, y puestos en pie todos los expectadores, como poseídos de locura, gritábamos aclamando á aquel hombrecillo, que entre Elisa Mendoza Tenorio y Rafael Calvo inclinábase sereno ante la formidable explosión de entusiasmo.

Luego aguardamos en la calle la salida del autor, que por cierto celebraba su santo (la función fué un 19 de Marzo), y siguiendo el carruaje donde iba Echegaray, rodeado de la muchedumbre, le acompañamos hasta su casa, en la calle de la Princesa y le obligamos á que se asomase al balcón y nos dirigiera la palabra... ¡Señores, habíamos visto nacer á *El Gran Galeoto* y es mucha obra esa, aunque aparentan desdeñarla varios que de seguro no compondrán otra que se le parezca!

La subida al poder de los liberales no hizo decaer, al contrario, que las animó, las fiestas de la alta sociedad. Hubo bailes en casa de Fernán Núñez, que era sagastino, y del duque de la Torre, á quien le parecía Sagasta un poco retrógrado. Los marqueses de Vinent daban frecuentemente saraos y en las recepciones de la duquesa de la Torre, celebradas los sábados, se congregaba lo más florido y aristocrático de la corte. En casa de Baiier se dieron representaciones teatrales, en que tomó parte, entre otros, el conde de Romree; por cierto que D. Gustavo Baiier, el actual senador de ahora, y entonces un mozo imberbe, hacía papelitos.

En una de estas grandes fiestas de Baiier, se recibió la noticia del asesinato del Zar Alejandro II, por lo que hubo de retirarse el cuerpo diplomático de los salones, donde brillaban, entre otras damas de tales tiempos, las duquesas de Bailén, Santoña, la Torre, marquesas de Bendaña, Vega Armijo, Ulagares, Nájera, Valmediano, Javalquinto, Bogaralla, condesas de Xiquena, Torrejón, Villagonzalo, Campo Alanje y señoras de Lasala, Flores Calderón y Robert y Prendergast.

Parecía que aquel primer trimestre de 1881 era anuncio de felicidades eternas, y sin embargo, como cuanto encierra el mundo, todo aquello se disipó, que sólo dejan las grandezas del vivir recuerdos que también suelen perderse.

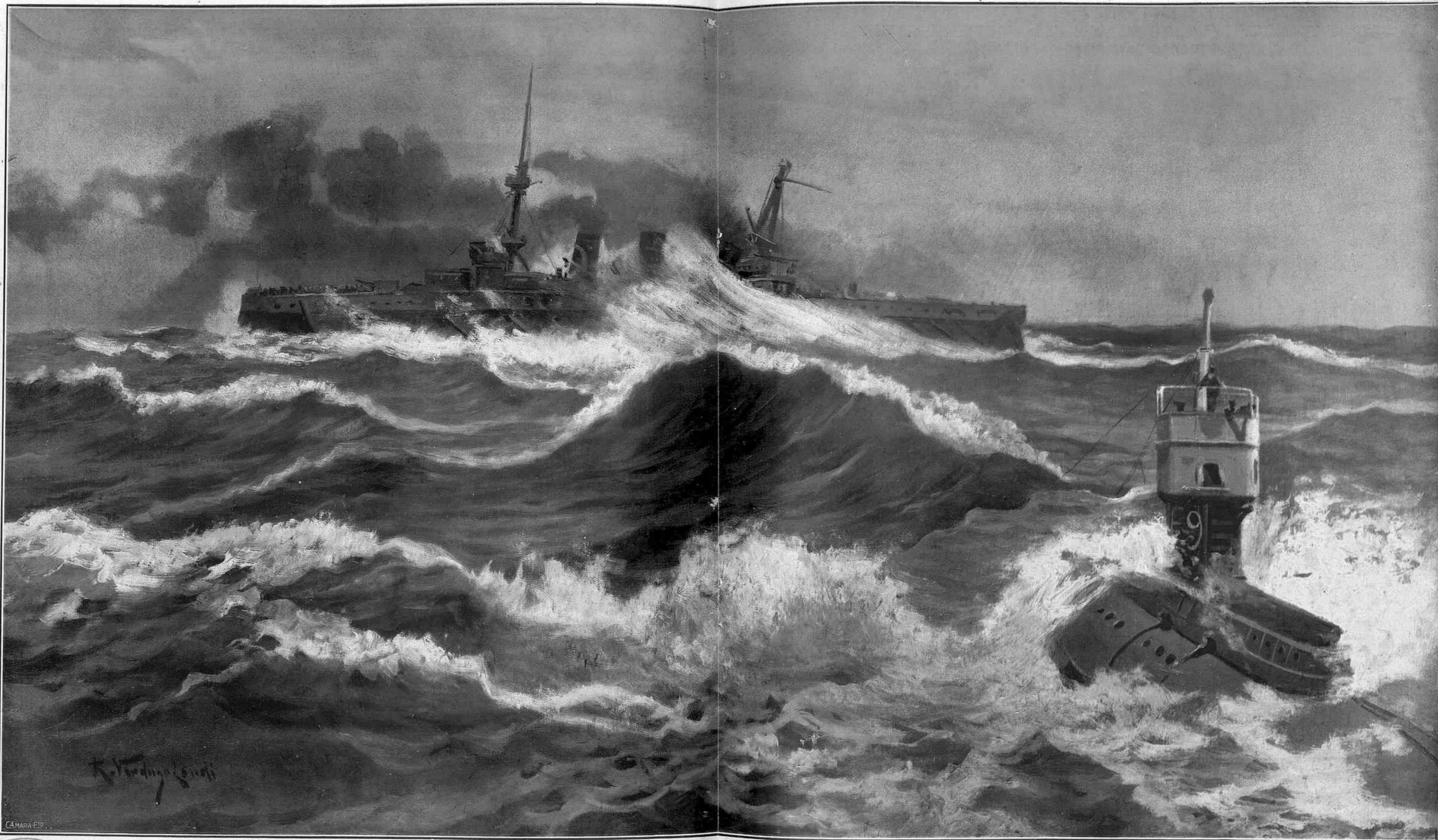
Por la transcripción,

J. FRANCOS RODRÍGUEZ



LEOPOLDO ALAS ("CLARÍN")

BIBLIOTECA  
MADRID



El día 21 de Julio fué echado á pique, en aguas del mar Báltico, por el submarino inglés "E-9", el acorazado alemán, de primera clase, "Pommern". El dibujo que publicamos en esta plana representa el trágico momento en que el "Pommern" se hundía en el agua, mientras el sumergible

británico escapaba del radio de acción de los cañones del enemigo

Dibujo de R. Verdugo Landt

## LA EMPERATRIZ DE RUSIA EN LOS HOSPITALES



La Emperatriz de Rusia, con sus augustas hijas

Todos habréis visto estos días en los periódicos ilustrados la grave y doliente figura de la Emperatriz de Rusia, vestida de blancos hábitos, como una monja profesa, con sus dos hijas, que llevan los lindos, sonoros y típicos nombres de Olga y Tatiana, sirviendo en los hospitales la suave y calmante tisana a los heridos que vuelven del frente de batalla.

¿No veis todo un poema en esas miradas dulces, en esos castos hábitos, en esos ojos de ensueño, en esos ademanes circunspectos y caritativos? ¿No veis en ellas la imagen de la Santa Rusia, de la Rusia resignada, pensativa y dulcísima, de aquella tierra sometida a una esclavitud secular y cuyos hijos se han abatido sobre la gleba infértil é ingrata para el trabajo, como se han prosternado ante los íconos mudos, para la oración, durante muchos siglos?...

La visión de estas tres santas mujeres, que evocan la Rusia pensativa, humilde y cristiana, la tierra más pura y más redentora de Europa, me trae a la memoria una figura evocada por León Tolstói, en los episodios autobiográficos de su infancia. Es la figura noble, pura y dulcísima de la tía Tatiana Alexandrovna Jergolskaïa, una santa, una verdadera santa, de esas que uno tiene en las familias sin que se dé cuenta; una santa que, según nos cuenta su loco sobrino, de prematura juventud disipada... no quería creer en el infierno porque «Dios, que es la bondad misma, no puede querer nuestros sufrimientos.»

¿Recordáis aquella hermosa fotografía moral y física que de la tía Tatiana (Antoñita) traza el gran novelista de *La guerra y la paz*?...

Cuando él volvía a Yasnáïapoliána, de regreso de sus locuras de juventud, de sus noches de juego y de vicio, de sus orgías en *cabarets* de Moscov y San Petersburgo, la vista de tía Tatiana ponía calma y paz en su espíritu. «Mis más lejanos recuerdos—dice—me la muestran ya de más de cuarenta años y no me hubiera venido jamás a las mientes preguntar si era bonita ó no. La amaba sencillamente, la amaba por sus ojos, por su sonrisa, por su manecita morena y larga, con su vena de energía en la muñeca...»

El libertino de entonces, hecho ya cristiano—el más puro y fervido cristiano que hubo jamás en el mundo—recordaba la pía influencia evangélica que sobre él ejercía tía Tatiana. «He dicho que tía Tatiana Alexandrovna había ejercido la mayor influencia sobre mi vida... Me acuerdo de las largas veladas de otoño y de invierno, que han permanecido en mí como el más feliz de mis recuerdos. Les debo mis más dulces pensa-

mientos, los mejores impulsos de mi corazón... El encanto particular de esta existencia eran la ausencia de toda preocupación material, las relaciones amistosas entre todos, las amistades seguras, llenas de bondad, con los prójimos, que nada podía alterar, y, en fin, la quietud de una vida tranquila, sin trepidaciones, sin conciencia de la huida del tiempo... Después de días de vida desarreglada en fonda, jugando a las cartas con los vecinos, divirtiéndome con los bohemios (tziganas), a la caza ó a la persecución de vanos placeres, entraba en casa, nos besábamos cada uno la mano, según ya antigua costumbre, yo la amada mano enérgica, ella mi necia mano viciosa, y después de un cambio de bromas con Natalia Pretrovina, volvía yo a mi comfortable sillón. Mi tía sabía cómo yo había pasado estas jornadas, lo deploraba, pero no me dirigía el menor reproche y me acogía siempre con la misma ternura, el mismo afecto.»

En estos cuatro rasgos, sobrios, sencillos, plásticos, dibuja el novelista el tipo de la tía Tatiana, que es en conjunto representativo de la mujer rusa y que tanto se asemeja al tipo de la mujer española: paciente, resignada, caritativa, ocultando con el silencio todas sus grandes virtudes, igual que todas sus grandes pasiones... Si ama frenéticamente a un hombre, en silencio devora su pasión; si realiza algún acto heroico y sublime, con el silencio también lo vela... La mujer de esta alta categoría moral se dice con Vigny:

Seul le silence est grand; tout le reste est faiblesse...

Y yo me imagino a las dos hijas del Zar y a la Zarina como las figuras representativas de la mujer rusa, como la tía Tatiana Alexandrovna de Tolstói, padeciendo en silencio, llorando en silencio, visitando en silencio todos los hospitales de sangre, blancos de una repulsiva blancura—la blancura de la higiene, impuesta para evitar asoladoras epidemias—y llevando, en silencio, consuelos de paz, de palabras quietadoras y de ademanes compasivos a los múltiples enfermos y heridos, vasallos del Zar de todas las Rusias y sembrados por la infinita extensión nevada del Imperio..., y a quienes hacía en un momento la hoz de la movilización, como luego había de recoger a muchos la guadaña implacable de la Muerte, siendo la corneta de la llamada a filas precursora del tambor velado y el fagot fúnebre del enterramiento...

¡Ah, sí, María Alexandrovna, de tan resonante nombre eslavo, tú, con tus hábitos y tocas monjiles, con tus ojos morados de sufrimiento y tus

manos piadosas que pausan todas las heridas, ingravida y esbelta, atravesando las blancas y dormidas salas de los hospitales, como una nueva Santa Isabel de Hungría, tú eres la única que tienes razón en esta guerra impía!...

Con tu gesto piadoso salvas el horrendo pecado que el cristiano Zar cometió ayudando, en una tarde cálida del Agosto pasado, a desatar la guerra, dando suelta al odre de las tempestades, como hacía el viejo Eolo en su caverna, según nos cuenta en versos ingenuos el dulce Virgilio... Pero yo sé bien que tu esposo es el único Monarca cristiano del orbe, el único Monarca cristiano y evangélico, el único verdaderamente tolstoiano y que hubiera acabado por ser amigo de Tolstói con motivo de esta guerra, aunque su santo Sínodo hubiese prescripto al grande hombre y hubiese arrojado sus libros al Índice, como a un estercolero. No era el Zar quien odiaba a Tolstói, sino Gapon y Trepoff, el clericalismo y el militarismo ruso. ¿Qué hubiera pensado de esta guerra, que unos llaman guerra de impiedad y otros guerra de purificación, unos creen guerra de Nietzsche y otros guerra promovida por el odioso pietismo luterano, aquel Genio Ruso que declaró no poder ser del todo cristiano, porque veía que durante la guerra de Crimea los sacerdotes de los ejércitos pedían mutuamente victoria para sus armas y confusión para sus enemigos?...

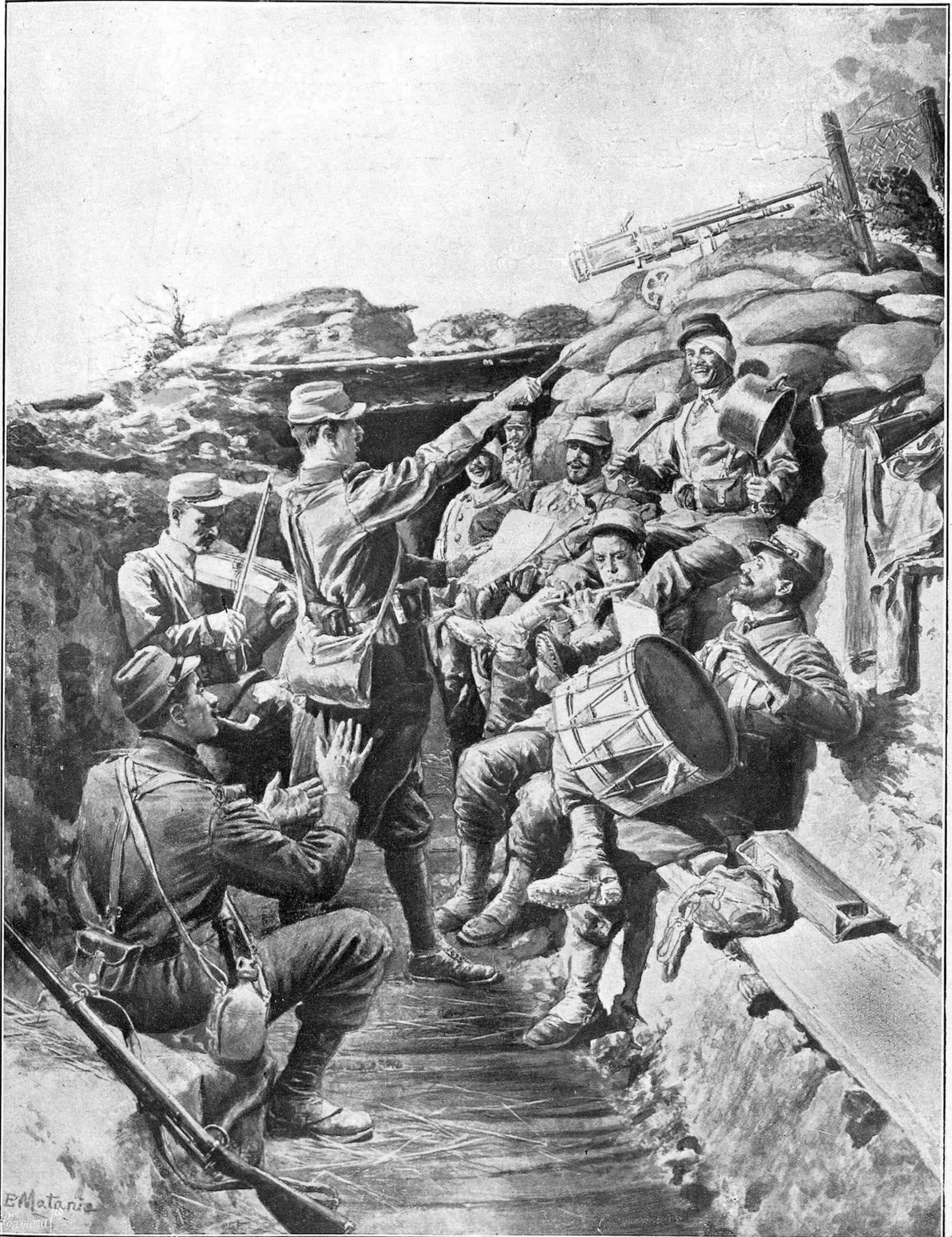
Yo sé que el Zar es bueno, que el Zar es cristiano, quizás el único cristiano en esta guerra, donde católicos de un país neutral defienden a un Emperador luterano, a un viejo católico clerical y al Gran Turco... Quien hace la guerra—bien lo sé—es el gran duque Nicolás y su camarilla militarista...

Mas si el Zar no fuese grato a los ojos de Cristo, tú le redimes y purificas, tú, Santa María Alexandrovna, que visitas los hospitales, blanca y muda, como una monja profesa, con hábitos de Hermana de la Caridad..., y que quedarás como la única nota cristiana y pura de esta guerra—en que los soldados de uno de los ejércitos beligerantes se jactan de llevar en su mochila los libros del loco de Sils-María, a quien tu gesto le parecía repulsivo sentimiento de esclavo moral—en unión de tus hijas Olga y Tatiana, las dos puras y nobles doncellas de Rusia...

En unión de aquella santa llamada Isabel de Bélgica, que cualquier día subirá al cielo llevando en un delantal cuajado de rosas sus manos ensangrentadas, como Santa Clotilde...

ANDRÉS GONZÁLEZ-BLANCO

# EL ARTE EN LAS TRINCHERAS FRANCESAS



Una banda improvisada por los "peludos" en la trinchera, durante un descanso de la batalla

DIBUJO DE E. MATANIA





## FANTASÍAS DE VERANO VOCES DE LA PLAYA

No son estas de ahora las otras voces desoladas, trágicas ó melancólicas del invierno, cuando las playas quedan abandonadas á pescadores que lanzan cotidianamente sus lanchas y su miseria más allá del movable límite azul... La ciudad invade las playas en las que el mar juega de cuando en cuando á enfurecerse, pero que es afable y rendido como un galancete más del Balneario ó del Casino. Cubren la arena —blanca, calcinada de sol en lo alto, más morena después, temblorosa y tersa como un espejo cerca ya de los desflecados encajes de las olas— los cestos, las sombrillas enormes, las tiendas de campaña. Saltan dentro del mar los bañistas. Van y vienen grupos de muchachas gentiles, vestidas de blanco y pollastres con la cabeza descubierta. De la terraza del Casino llegan, adormecidos, los lánguidos acordes de la música de zingaros. Pasa de vez en cuando la silueta elegantísima de una de esas cocotas que los hombres miran con deseo de su cuerpo y las mujeres con envidia de sus galas. Y de todo este conjunto surgen las voces de la playa á cuyas palabras pone estribillos burlones ó graves comentarios amplios, la otra voz polifónica del mar...

ooo

—Mira, mira. Ahora sale de la caseta Pilita Mendoza. Ahora no se descota como en el invierno.

—Pero, en cambio, mira las piernas.

—Como que á las damas se las puede ver desnudas en dos partes, como las películas. Primera parte: Invierno, en el Real. Segunda parte: Verano, en la playa.

ooo

—Ya hace dos días que no veo á la Miss con los niños.

—La hemos despedido.

—¿Por qué? Parecía muy buena chica.

—No tan buena. Yo la traje para que enseñara á los niños y acabó por enseñarle á mi marido.

ooo

—¡Mi querido maestro!

—¡Salud, Lolita, gloria de la escena española!

—Mi hermana Jacinta. El señor Montero, el gran escritor.

—¿Y yo no soy nadie?

—¡Ah! Sí. D. Luis Mendivar, el poeta admirable.

(Una vendedora que cruza). —¡Percebes! ¡¡Quisquillas!! ¿Quién las quiere?

ooo

—Oye, mamá, mamá... ¡Mira el papá del año pasado!...

—¡Cállate, niña! Vuelve la cabeza.

ooo

—¿Pero usted ha visto á Enriquito qué torpe es? Todos los túneles, todas las construcciones que hace con la arena se le vienen abajo.

—Tiene á quién parecerse.

—¿Sí?

—Sí. Su papá es arquitecto.

—¿Quiere usted, Margot, que demos un paseo hasta las rocas?

—No; que son muy resbaladizas.

—La sujeto yo á usted si se cae.

—Usted es más resbaladizo...

ooo

—¿Están ustedes donde el año pasado, en el Hotel Inglaterra?

—¡Quiá, no señora! ¡No faltaría más!

—¿Pero qué? ¿Le pasó á usted algo en ese hotel?

—Como pasarnos no nos pasó nada. Pero ya sabe usted que somos germanófilos...

ooo

—¿Perdiste mucho anoche?

—Todo lo que llevaba.

—¡Bah! Ya sabes el refrán. Desgraciado en el juego...

—¿Pero no te dije que lo perdí todo?... A Consuelito también. Se me fué con un chileno que ganó sesenta mil pesetas.

—Consuelito siempre con la manía de llevar la contraria. ¡Incluso á los refranes!

ooo

—¿Y su hija, marquesa?

—Bien. Tan formalita y tan buena. Es una santa esa chica. ¡En cambio, su marido!

—¿Qué sucede?

—¡Calle usted, condesa! ¿Querrá usted creer que mi yerno sabe que le engaña su mujer y se queda tan fresco?...

ooo

—Mire usted, Pachín. No me coja usted más que las manos.

—Pues el año pasado bien de miedo que tenía la señorita...

—Pero este año tengo novio... y él tiene unos prismáticos excelentes.

ooo

—¿Y usted á qué hora se baña?

—A las doce. El médico dice que sientan mejor los baños por la mañanita temprano. ¡Pero á esa hora no hay nadie!...

ooo

—¡Qué atrocidad! Aquel hombre lleva tres cuartos de hora en el agua.

—Pero, señora, ¿cómo quiere usted que salga si se le ha descosido todo el traje de baño?

—¡Ah! ¿Sí? No me había fijado. ¿Tiene usted ahí los gemelos?

ooo

—¿Quién es aquel caballero tan elegante?

—El marido de la actriz Julita Mínguez.

—Y antes, ¿quién era?

ooo

—¿Y no ha corrido usted ningún peligro?

—Sí, señorita. Una vez que salvé de ahogarse á una señora y quiso casarse conmigo.

ooo

—No le vuelva usted á decir á mi marido que tengo buena cara.

—¿Por qué?

—Porque el médico me ha recomendado mucho que no le demos ningún disgusto.

ooo

Y el mar, bondadoso, sigue meciendo en su seno los cuerpos que la ciudad enfermara y deformara, sigue tendiendo con un leve rumor de sedas sus olas que avanzan muy cerca de los cestos, de las casetas, de las sombrillas de playa, de los grupos de los paseantes y luego retroceden como avergonzadas...



LA ESFERA  
EN LAS PLAYAS DEL NORTE



ATENEODE  
BIBLIOTECA  
MADRID

TARDE DE VERANO

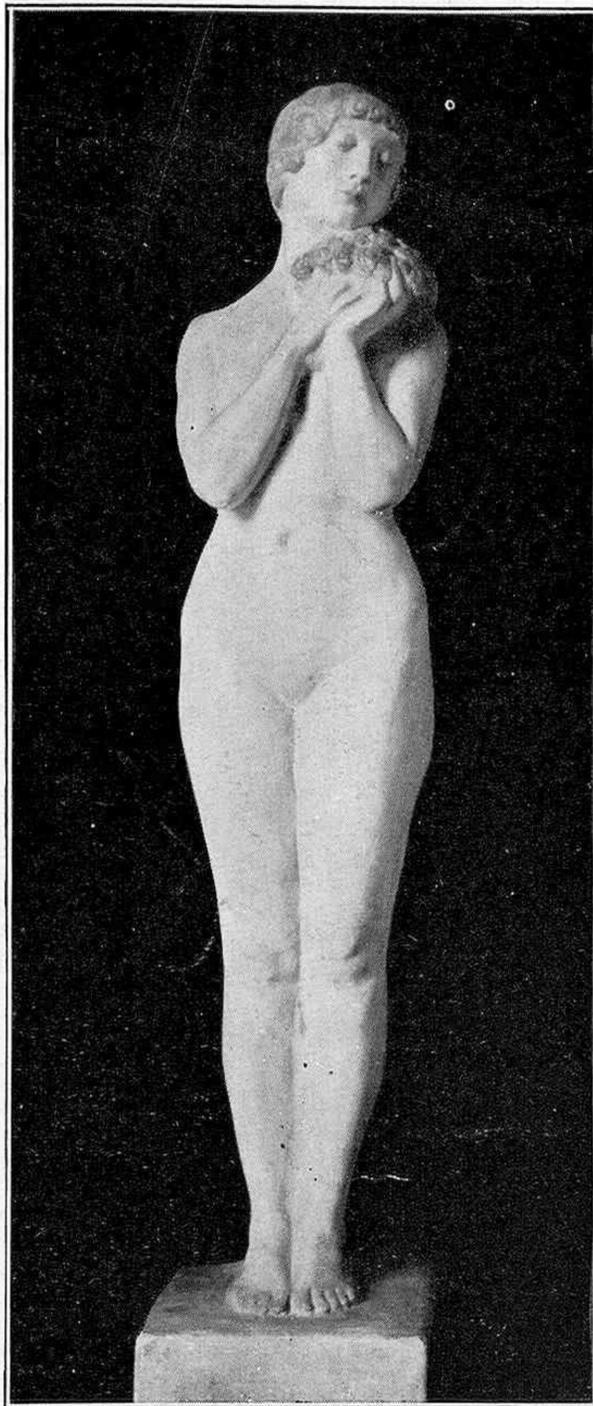
Dibujo de Enrique Varela de Seijas

ATENEODE  
BIBLIOTECA  
MADRID

LA VIDA ARTÍSTICA  
TRES ESCULTORES JÓVENES



EULOGIO BLASCO  
FOT. SOCIEDAD ARTÍSTICA



"Ofrenda", escultura de Jesús Perdigón



JESÚS MARIA PERDIGÓN  
FOT. BLADMA

FIEL á sus propósitos de alentar y encauzar las juveniles orientaciones estéticas, LA ESFERA da hoy á conocer tres nuevos artistas jóvenes. Un lógico y consciente optimismo nos mueve á ofrecer estas páginas á la juventud. Creemos firmemente en el renacimiento de las bellas artes en España. A pesar de las Exposiciones Nacionales, á pesar de los obstáculos que la rutina y el mal gusto—asentados como cánones de belleza por tres cuartos de siglo de decadencia estética y literaria—oponen al paso de la juventud, cada vez son más claros y definidos los triunfos de pintores, escultores y literatos, que renuevan por completo las sendas espirituales de nuestra raza.

Basta repasar los catálogos de los certámenes artísticos, basta hojear las páginas de algunas revistas ilustradas y de los libros recientes para comprender que no son fueguecillos fatuos, sino luminarias poderosas y constantes las que van surgiendo y cobrando nuevos fulgores á medida que se las aviva y alienta.

Por eso nos es tan grata la labor de descubridores. Tanto como la de comentadores de aquellas glorias que ya el éxito confirmó y consolidó de un modo definitivo. No importan las audacias demasiado arbitrarias, el moceril desdén á los ritos clásicos, la arrogante extravagancia ó la rebeldía ilógica. Desconfiad siempre de los artistas jóvenes que comienzan su ruta vestidos de viejas ideas y adormecidos sus ímpetus por la discreción. O tienen el alma prematuramente seca ó anidó en ella demasiado pronto el disimulo,

la hipocresía y el cálculo. Y tan estéril es lo primero, como dañino lo segundo.

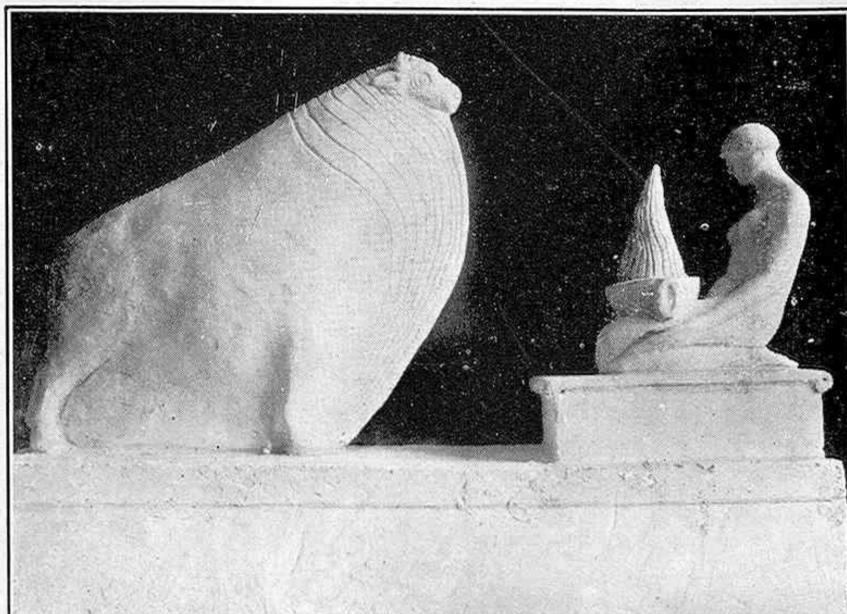
En cambio, ¡qué sensación de jubilosa esperanza, cómo están saturados de porvenir y cómo se les presienten los inmarchitables laureles á los otros artistas impetuosos, entusiastas, confiados en sí mismos! Avanzan sonriendo, como los príncipes de cuento brujo, sin sentir los lamentos de los canes ni curarse de vendar sus pies, ensangrentados por los guijarros del camino, sordos á las enemigas voces de la envidia y de la falsa adulación. Muchos caen vencidos en su vida, no en su arte. ¡No importa! Detrás llegan más sonrientes, propicios al sacrificio, iluminadas las pupilas por lejanas claridades de ideal...

Sin embargo, dentro de los tradicionales obstáculos que la rutina del vulgo y la egoísta conveniencia de los artistas ya instalados en el triunfo, oponen al avance de los jóvenes, son los escultores los que hallan más entorpecido su camino.

Todo en torno de ellos es hostil y erizado de peligros. La gente comprende menos la escultura, que se imagina comprender la pintura; en las Exposiciones Nacionales se le concede menos importancia que á los pintores y se les recompensa con los mismos premios en metálico; los gastos de un escultor son siempre mucho mayores que los de un pintor. La intervención de los elementos oficiales—y bien sabemos que suelen ser los organismos oficiales asilos de cretinidad y viveros de influencias políticas!—es más directa en la escultura



"Mirada enigmática", escultura de Eulogio Blasco



"Ex voto", escultura de Eulogio Blasco



"Retrato", por Jesús Perdigón

que en la pintura. Y así se explica que fuera de España se conozcan las obras y los nombres de casi todos nuestros pintores jóvenes y crean, por el contrario, que nuestra escultura quedó estacionada, detenida para siempre en Agustín Querol, Mariano Benlliure y Miguel Blay.

ooo

Los tres artistas de quienes reproduce hoy algunas obras LA ESFERA, no sólo carecen todavía de una reputación sólida, sino que, para muchos, sus nombres serán totalmente desconocidos.

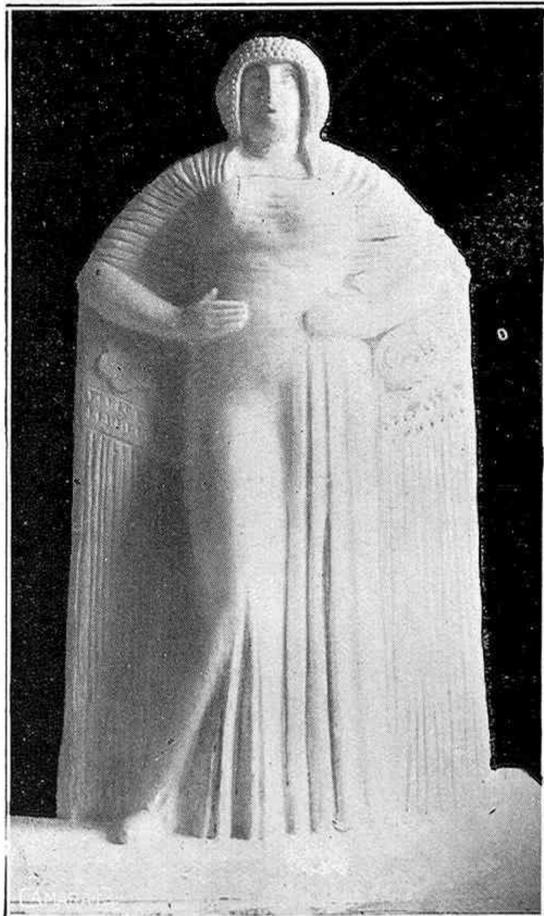
Y, sin embargo, los tres tienen ya derecho á que se aparten los zarzales de su camino y ya saborearon los primeros dulzores de la gloria.

Jesús Perdigón, es pensionado del Círculo de Bellas Artes; Ricardo Colet, ha obtenido el premio de fin de curso en la Academia de San Fernando, y Eulogio Blasco hizo una exposición en el Centro Maurista, que fué muy celebrada.

Jesús Perdigón ha celebrado, con otro compañero suyo y los dos paisajistas Robledano y García Lesmes, también pensionados del Círculo de Bellas Artes, una exposición de varias obras suyas, en el saloncito que posee el Círculo en la calle del Príncipe.

Dos retratos, una cabeza de estudio y un desnudo, constituían el envío de Perdigón.

Las cuatro obras responden al credo estético



"Cadencia y ritmo", escultura de Eulogio Blasco

de la serenidad, de un reposo tranquilo, verdaderamente estatuario. Modela con mano firme, con una gran sobriedad de planos que hacen presentir el futuro artista enamorado de la simplificación, de la estilización.

El desnudo titulado *Ofrenda*, revela, además, sensibilidad y buen gusto. Causa en el espectador la sensación plácida, aquietadora, que sigue siendo, y seguirá por los siglos de los siglos, la cualidad primordial de la escultura.

En las otras tres obras se manifiesta más clara esta buena orientación estética del joven artista canario.

Lo mismo en la *Cabeza de muchacho* que en el *Retrato de mi padre*, hay una limpia y pura sobriedad, que luego, en la *Cabeza de mujer*, se acusa y afirma, estilizando hasta un extremo que solo pueden alcanzar los que dominan la técnica de su arte.

De Ricardo Colet, premiado en la Escuela de San Fernando, reproducimos tres obras: un retrato, una cabeza de gitana y el desnudo de hombre, que le ha valido el premio, en lucha con varios compañeros de curso.

Doce días no más otorgó el tribunal calificador para modelar esta figura, y en tan corto espacio de tiempo logró Colet realizar una obra vigorosamente construída y resuelta, con un conocimiento anatómico perfectísimo y una fuerza de expresión extraordinaria.

La misma seguridad técnica hay en el *Retrato*



"Gitana", por Ricardo Colet

y en la *Gitana riendo*, trozo, esta última, de graciosa y palpitante realidad.

En cuanto al boceto, impuesto también por el tribunal de la oposición y titulado *La vendimia*, demuestra que Colet no es solamente un artista «de mano», sino «de cerebro».

*La vendimia* está concebida e interpretada con amplio sentido decorativo y un equilibrado conocimiento de la euritmia.

Actualmente, Ricardo Colet trabaja á las órdenes de uno de los artistas jóvenes más cultos y mejor orientados de nuestra época: de Benito Bartolozzi, que en el taller de reproducciones de la Escuela de San Fernando, realiza una labor meritisima, á la que concederemos muy pronto toda la atención que se merece.

Finalmente, Eulogio Blasco es, tal vez, de los tres, el menos educado técnicamente; pero es el más original y el que acusa de modo más indudable su personalidad.

Eulogio Blasco, como su hermano el pintor, es sordomudo y ambos discípulos de los hermanos Zubiaurre.

Cuando en Mayo de 1914 expuso Blasco sus figuras enormes, como hinchadas de mujer, sus toros que evocaban las abuelas civilizaciones del Oriente, anterior á las sonrisas y á las serenidades helénicas, sus centauros, sus tallas en madera, hechas de un modo tosco y bárbaro, de un parentesco espiritual y técnico con pretéritas escuelas germánicas, hubo un gesto de asombro.

Estábamos en presencia de un artista original. Sus esculturas no podían considerarse aún cristalización de un temperamento; pero ya significaban mucho más que atisbos y promesas.

Dentro del arte de Eulogio Blasco arde, como lámpara votiva, una fogosa exaltación. Va la línea de sus esculturas en atrevidas y amplias elipses, ó se enrosca en simétricos círculos. Se



RICARDO COLET FOT. SALAZAR

adivina lo que pudiéramos llamar danza de su espíritu, al ritmo de primitivas armonías.

Esto en cuanto al sentido íntimo, sensible de la obra. Luego habrá de añadirse, como un nuevo elogio, la orientación decorativa que informa todos los trabajos de Eulogio Blasco y que, seguramente, hará de él uno de los primeros decoradores españoles.

Y aun este futuro indicado es demasiado severo, pues Blasco es un artista de absoluta serenidad espiritual, y su obra presente, armónica, delicada y perfecta, en amplia acepción de la frase, es una definitiva afirmación del porvenir.

Fijaos bien en los nombres de estos tres escultores jóvenes. No los olvidéis, porque tal vez esté cercano el día en que su arte encuentre sonoridades amplias de triunfales ecos.

Todos nuestros votos están á su lado, porque ese día no tarde mucho y que á los artistas continuadores de la tradición—renovada—de la escultura española, se unan pronto Ricardo Colet, Eulogio Blasco y Jesús María Perdigón.

SILVIO LAGO



"Estudio", por Ricardo Colet



LA ESFERA  
**ESCENAS DE LA GUERRA**



**FUERTE TURCO DESTRUIDO POR LAS ESCUADRAS ALIADAS EN EL ATAQUE DE LOS DARDANELOS**

DIBUJO DE BRUNET



LA ESFERA  
PÁGINAS ARTÍSTICAS



EN LA TERRAZA

Dibujo de Manchón



## SUPERSTICIONES ARAGONESAS LOS "ESPIRITUADOS" DE JACA

Principalmente por ser una actualidad que se repite á la entrada de todos los veranos, con motivo de celebrar la ciudad de Jaca su fiesta anual á su Patrona Santa Orosia, y por tratarse de una costumbre poco conocida, no obstante ser muy antigua y extraña, reproducimos unos fragmentos, con las fotografías que los ilustran, de un libro recién publicado y muy bien acogido por la crítica y por el público, merecidamente, porque, como ha dicho un ilustre crítico: «tiene más interés que la más inricada novela». *Domadores del éxito: Confesiones de su Vida y de su Obra, transcritas y aderezadas con murmuraciones indiscretas é irrespetuosas*, por Enrique González Fiol (El Bachiller Corchuelo), que es, según saben nuestros lectores, por los artículos llenos de amenidad y de cultura que ha publicado en estas páginas, un delicioso narrador. El sugestivo relato que reproducimos, pertenece al primer capítulo de las valientes confesiones del insigne Arzobispo de Tarragona D. Antolín López Peláez, una de las más legítimas glorias de la Iglesia española; confesiones que, como las demás del mismo volumen, transcribe González Fiol con tanta fidelidad cuanto atrevidos y á veces excesivamente picantes comentarios. He aquí los fragmentos con el sumario del capítulo:

*Sugestivo viaje en compañía de unos demonios que nos pusieron el corazón en un puño al señor prelado y á mí, é hicieron sonreír incrédulamente á un proveedor del palacio episcopal, digno discípulo del Príncipe de Condé.—Patéticas escenas de una endemoniada que viaja en primera clase y de otra que va en tercera.—Horripilante relato del Auto de la Fe que se celebra todos los años en la ciudad de Jaca.*

Conocí al Excmo. Sr. D. Antolín López Peláez cuando era obispo de Jaca, y le hablé por prim-

ra vez en la estación ferroviaria de Huesca, á la cual habíamos llegado ambos en un mismo tren, camino de su diócesis, adonde me llevaba mi deseo de presenciar una procesión—la de Santa Orosia—, que es en fin de cuentas un Auto de Fe en pleno siglo xx. Una tarjeta mía, llevada á sus manos por un familiar, bastó para que el insigne prelado me dispensara su atención y para que accediera gustoso á subir al mismo departamento en que yo viajaba.

Como no pudo menos de ser, á los dos minutos hablábamos de los espirituados ó poseídos del demonio, acicate de mi curiosidad y estímulo de mi romería.

Se me estaba saliendo de la boca esta pregunta osada:

—¿Y qué opinión le merece á usted el mal que aqueja á esos infelices? ¿Cree usted, en verdad, que estén poseídos del demonio?...

Pero desistí.

Llegamos á Jaca, y con tanto oír hablar de demonios, de hechicerías y superstición me creí retrotraído tres siglos, y cuando sólo pensaba en el Auto de Fe que iba á ver, se oyó á lo lejos un pregon.

Y, obsesionado, esperé oír algo parecido á esto:

*Sepan todos los vecinos y moradores de esta villa de Madrid, Corte de Su Majestad, estantes y habitantes en ella, como el Santo Oficio de la Inquisición de la ciudad y reino de Toledo celebra Auto público de la Fe en la plaza Mayor de esta corte el domingo 30 de Junio de este presente año, y que se les conceden las gracias é indulgencias por los Sumos Pontífices á todos los que le acompañasen y ayudasen á dicho Auto. Mándase publicar para que venga á noticia de todos...*

Pero no. El pregonero voceó algo desmayadamente:

—Los que quieran comprar sardinas frescas que acaban de llegar...

Cruzado boca abajo sobre un borrico, y fuertemente amarrado, rugiendo y dando feroces sacudidas, pasó un espirituado... Era un mozo corpulento... Sus ojos, enrojecidos, hinchados, giraban horrorosamente en las órbitas, muy abiertas, y parecióme que iban á reventar... Su boca, contraída por siniestra sonrisa, aparecía toda ribeteada de espumarajos...

Dos viejos, alto él y pequeña ella, iban pensativamente sujetando al presunto poseso, tropezando á cada paso, sufriendo á veces las pisadas del asno, tratando en vano de calmar al paciente, unas veces con palabras afables, otras con ásperos tratos y palabrotas...

Aquello ponía carne de gallina. Me acordé del prólogo que un aficionado á esta clase de diversiones le puso al Auto general de la Fe, celebrado en Madrid el 30 de Junio del año 1680:

*Cosas hay, lector amigo, que por más que se cuentan no logran ser creídas, y que aun los que las vieron y palparon puede decirse, sin temeridad, que se quedaron en ayunas de lo que pasaba delante de sus ojos...*

Al día siguiente me convencí de que la vista de los espirituados era, no ya desagradable sino horrorosa. Toda mi atención se concentró en ellos.

En su mayoría eran mujeres, viejas y jóvenes. También se veía algunos hombres, pocos.

Algunos iban descalzos, y todos encorvados, como si llevaran áuestas el anda de la Santa Patrona, de la que parecían ser soportes.

De distinta suerte, condición y catadura eran.

Unos, de tipo y vestimenta de campesinos paupérrimos, mostraban lo astroso de sus ropas y lo siniestro de sus caras. Eran los más miserables, infelices hombres que poco se diferenciaban de las bestias (1). Sus caras, prematuramente avejentadas, macilentas, de color de tierra, demacradas, asimétricas, contraídas y haciendo espantosas muecas y visajes por la fuerza del ataque; sus bocas, espumajeadas; los ojos, en varios de ellos, enfurecidos, saltones, como queriendo salir de los párpados; en otros, sus miembros agitados, sus pupilas sin luz ni reverberación, sus risas temblorosas, crepitantes; las maldiciones que proferían y los sonidos gu-

(1) Con uno hablé luego que no tenía de humano más que la crisma, como suele decirse en Aragón. Pero nunca habí podido aprender ni las primeras letras ni la doctrina cristiana.



ANTOLIN LÓPEZ PELÁEZ  
Ex obispo de Jaca y actual arzobispo de Tarragona



Auto de Fe que se celebra anualmente en Jaca. En medio de un callejón de cruces, una posesa, en pleno frenesí, denostando infernalmente á Santa Orosia

turales que lanzaban como fieras abozaladas; sofocados por lo incómodo de su posición durante el largo trayecto, por el calor, por la apretura, por el olor de la cera y del incienso, impresionados por la misma compañía de otros enfermos, aterrados por la creencia de verse poseídos del demonio y rodeados de otros espíritus; la miseria y la roña, que parecían en ellos naturaleza, daban compasión y horror al mismo tiempo.

A mi memoria vino la descripción de unos relapsos, pertinaces y réprobos, cuando caminaban hacia el brasero...

...Iban con horrible color en los semblantes, con los ojos turbados y casi brotando llamas, y toda la fisonomía de los rostros de tal suerte que parecían poseídos del demonio...

Mezclados con estos infelices iban sus parientes, apretujándose también, sufriendo pisaduras y empujones, confortándoles y conteniéndoles, prodigándoles palabras de consuelo y esperanza u obligándoles con modales bruscos á guardar compostura y silencio.

...Salieron estos seis con sus corozas, en que iban pintadas las insignias de sus delitos, y los ensambenitados con sus sambenitos delante...

...Llevaban corozas con llamas, las arquillas de sus huesos, sambenitos, rótulos con letras grandes en el pecho, sogas á la garganta y tantos nudos en ellas como los azotes á que estaban condenados; sambenitos de media aspa y de entera, velas amarillas y apagadas, corozas y capotillos de llamas, amordazados y atadas las manos.

Miré á los *espirituados*... Es verdad que no llevaban atadas las manos... Pero sí los dedos, fuertemente, por anillos de hilo de algodón, y algunos por hilo bramante. Así como los nudos de las sogas que á la garganta llevaban los condenados á la hoguera significaban los azotes que habían de recibir, cada atadura de estos infelices poseídos, al romperse durante la procesion ó en el Campo del Toro, ante el cuerpo de la Santa, indica los demonios que salen del cuerpo de los posesos...

Varios de ellos, en la fuerza del ataque, intentaban gritar, blasfemar. Sus familiares lo impedían...

Y el relato del mencionado auto de fe se agrandó en mi mente:

...Iban todos acompañados de religiosos, que les exhortaban, confortando á unos y reduciendo á otros...

Entre los más exaltados se destacaba por su furia, su agresividad y su mala lengua, una enferma de las que Pierre Janet calificó de atacados de *coprolalia* ó impulsión á proferir injurias obscenas...

No obstante los esfuerzos de sus acompañantes, dos mocetones, como puede verse en la fotografía que acompaña á esta información, se movía á su antojo y gritaba desafortadamente inmundas palabrotas.

La irritabilidad de esta infeliz se comunicó á los demás *espirituados*, que comenzaron á agitarse en muecas, gritos sofocados y convulsiones... Era una escena digna del Goya de los *Caprichos*... ¡Horrible danza de la muerte *en vida!* La mayor parte de estos infelices habían perdido definitivamente su primera personalidad. Eran muertos que danzaban en dislocaciones inverosímiles.

En el momento de la bendición, la furia de estos infelices se desató. Los posesos saltaban y gesticulaban epilépticamente; reían ó lloraban, ó injuriaban al obispo, y blasfemaban atrozmente y á gritos; se retorcían en contorsiones increíbles, y era tanta su sobreexcitación que la hinchazón repentina de sus músculos llegaba á hacer reventar los anillos de algodón ó de bramante con que se ceñían fuertemente sus dedos. Alguno dió tal patada que el calzado, á pesar de sus ligaduras, saltó por el aire como una bala y fué á caer á gran distancia...

Una enferma, con boca de infierno, barbotaba obscenidades y blasfemias, desgreñada, sudorosa, desgarradas sus vestiduras.

Miré á su alrededor. De todos los espectadores, unos, los más y los de menos juicio por razón de sus pocos años—pues eran *chiquillos*, *muchachos* y *mozuelas*—, reían á cada contorsión y á cada disparo de obscenidades; otros, los más, presenciaban el ataque mirando á la víctima escandalosa con respeto, con lástima ó con supersticiosa curiosidad...

La *espirituada*, cada vez más furiosa, continuó... Sus familiares le aplicaron á la frente crucifijos, medallas, relicarios y demás objetos benditos ó pasados por el cuerpo de la Santa. La *espirituada* los rechazó á injurias y salivazos...

—¡Santa Orosia! ¡Por os ojos!—gritó desesperada ella, como pidiendo por dónde quería expulsar los malos espíritus.

—¡Santa Orosia! ¡Por os pies!—replicaban familiares y deudos, aterrados ante la idea de que los demonios salieran del cuerpo de la *espirituada* llevándose los ojos por delante.

—¡Santa Orosia! Por os pies!—repetió terca-mente la enferma, entre contorsiones.

—¡Santa Orosia! ¡Por os pies!...

—¡Por os pies, pues!—gritó resignadamente la enferma, con voz desmayada.

Se retorció en un esfuerzo brutal tan tremendo, que llegó á poner en grave aprieto á los que querían contenerla; dió una tremenda sacudida y se le reventaron dos de los diez anillos de hilo

de algodón que ceñían fuertemente sus dedos...

—¡Dos! ¡Dos menos!—gritaron, jubilosos, los parientes, significando que la enferma había expulsado de su cuerpo dos malos espíritus.

El horror me ahuyentó... Horas más tarde no pude resistir la tentación de preguntar al ilustre ordinario de Jaca:

—¿De veras cree usted que estos infelices que acuden á Santa Orosia son poseídos del demonio?

—¡Pche!—contestó el obispo—. No negaré que pueda haber alguno que tenga esa desgracia; pero yo no recuerdo haber visto ningún endemoniado ante la Patrona de Jaca. Todos esos infelices creo más bien que son histéricos y epilépticos que debían ir á la clínica en vez de turbar la piedad y el recogimiento de los fieles devotos de Santa Orosia... Me parece muy bien que acudan á Santa Orosia, como acuden muchos enfermos y necesitados; éstos, por la compostura que guardan y por el fervor que muestran, al mismo tiempo que procuran por sí, son propagadores de la fe, tan combatida en estos tiempos, pero los otros, los que llaman *espirituados*...

Hizo un mohín de disgusto y prosiguió:

—Es una costumbre que debía romperse y que yo daría cualquier cosa por que se rompiera... Sobre todo, verlos en el Campo del Toro soltando obscenidades en presencia de niños y de jóvenes, es inmoral; aparte que predispone á los espectadores, gentes poco instruidas y peor alimentadas, por lo común, á adquirir la misma enfermedad. Esos *espirituados*, por sugestión harán otros... Y aunque los espectadores no se impresionen y sus cerebros no sean campo propicio á esa semilla, este ir y venir de *espirituados*, y el hablar de semejante y terrible desgracia, hace que en los pueblos de la sierra, inculcos en su mayoría, apenas alguien padece un mareo ó una parálisis, la superstición le haga creer que está poseído del demonio... Lo mismo ocurre en otras procesiones y fiestas; la de los Corporales, de Daroca, y la del Cristo, de Calatorao. También á dichos pueblos acuden *espirituados*... Afortunadamente, en Jaca cada vez acuden menos *espirituados*, y yo creo y espero que acabará por no verse ninguno. No es que el diablo haya venido á menos...

Y, sonriendo intencionadamente, añadió:

—Es que hoy al diablo no le satisface poseer á infelices aldeanos... Al diablo, que sabe lo que le conviene, le gusta poseer á otros hombres que pueden hacer más daño á la religión y á sus ministros... ¡Hay en Madrid cada *espirituado* de frac y guante blanco!...

E. GONZÁLEZ FIOLE



## LEYENDAS Y TRADICIONES MADRILEÑAS

# LOS RESTOS DEL REY D. PEDRO, EL CRUEL

**S**INIESTRO fué el destino de este Monarca legendario y épico, héroe de mil aventuras folletinescas, dramáticas y terribles, forjadas unas por la imaginación popular y urdidas otras por la exaltada fantasía de poetas y dramaturgos. Su recuerdo es de aquellos que ni los años amortiguan, ni apaga el tiempo. Goza de la triste inmortalidad del escándalo, doloroso privilegio de los condenados y los irredentos. Ni aun después de muerto disfrutó del sosiego apetecible de la tumba. Parece que quiso la Providencia que quien en vida fué juguete de sus violentas pasiones y promotor de hondas querellas humanas, estuviera eternamente sujeto á los embates y violencias de una suerte adversa...

ooo

Transcurría el tiempo. Varios años habían pasado después de la tragedia de Montiel. Llegaba al fin de su reinado D. Enrique el Fratricida. Horribles remordimientos devoraban su alma atribulada y herida. Y viendo llegar la muerte, quiso impetrar del cielo piedad para él y perdón para su hermano.

El cadáver de éste yacía en el castillo de aquel nombre, abandonado y solitario. Un tosco sepulcro guardaba sus restos fúnebres. D. Enrique quiso honrar su memoria; dar albergue decoroso y regio á las cenizas del hermano desgraciado y loco. Y dispuso que se construyera un Monasterio que sirviera de refugio á doce frailes, que no tendrían más obligación que rezar cotidianamente por D. Pedro, cuyos restos serían sepultados frente al altar mayor del proyectado templo...

Pero aquellos deseos no se cumplieron. Dejó de existir el buen D. Enrique y sus propósitos no se realizaron. El cadáver de D. Pedro el Cruel permaneció en Montiel, hasta que se le trasladó á la Iglesia de Santiago en la Puebla de Alcocer...

ooo

Dulce, noble, buena, apacible, piadosa y tierna, como venida al mundo para juzgar los crímenes y espiar los delitos de su raza, era doña Constanza, hija del infante D. Juan y nieta del rey don Pedro. Llena su alma de abnegación, su alma acongojada, herida por el rayo de la tragedia, que pobló su infancia de lágrimas y sobresaltos, llena de abnegación su alma de mártir predestinada al sacrificio, consagraba diariamente al abuelo pecador sus oraciones, como queriendo redimirlo del cautiverio de sus culpas.

En la corte era proverbial su recatada virtud y la cenobítica sencillez de sus costumbres. Galanes y trovadores cantaron sus gracias, aunque en vano. Ella no pertenecía á la tierra. Su reino era de otro mundo, superior á éste envilecido y corruptor, superior á este mundo donde la gloria suele ser la corona ensangrentada del crimen...

ooo

Doña Constanza se metió á monja. Profesó en el Convento de Santo Domingo el Real, que hasta hace pocos años, relativamente, estuvo en la Cuesta de aquel nombre.

Nombrada Priora de la aristocrática y distinguida comunidad, rigió con mano firme—blanca y adorable mano, hecha para el dulce mando—á las que con ella compartían la reclusión...

ooo

Dádivas regias, hicieron de aquel Convento un Paraíso. Llovían sobre él las mercedes y be-

neficios pródigamente. Pero la infanta y Priora no parecía satisfecha. Faltaba en aquel santuario algo que valía más que todas las riquezas: los restos del abuelo, tanto más querido cuanto más pecador y desgraciado...

Al fin pudo conseguir del rey D. Juan II aquella merced suprema.

Las cenizas de D. Pedro I el Cruel, fueron trasladadas solemnemente al Convento el 24 de Mayo de 1446.

A sus expensas hizo construir doña Constan-

fantasmas que atormentaban al que allí, debajo de sus pies, estaba...

ooo

Murió doña Constanza, dulcemente, tan dulcemente como había vivido. Se apagó su vida en silencio, como los cirios por el viento. Fué sepultada en la iglesia, junto á la tumba de su abuelo. Y siguieron transcurriendo los años. En 1612, hicieron reformas en el Convento. Ambos sepulcros fueron separados. El de D. Pedro fué puesto al lado del Evangelio. Parecía que muerta la nieta había desaparecido el lazo que le unía con el cielo, otra vez implacable y justiciero...

ooo

Sucedíanse las generaciones con el transcurso del tiempo. Nuevas monjas fueron llegando al Convento de Santo Domingo el Real. En una de las mudanzas y vicisitudes porque atravesó su iglesia, fué cogido el sepulcro que encerraba los restos del rey D. Pedro el Cruel y conducido á un subterráneo.

La maldición de muchas de sus víctimas se cumplía. Aquel rey diabólico y feroz no había de tener sosiego ni aún después de muerto...

En época ya contemporánea, la comisión de monumentos descubrió la tumba del rey, de aquella guisa escondida y desdeñada. Por indicaciones de ella fué trasladada al coro y puesta junto á la de doña Constanza, la santa nieta del rey maldito.

Pero esperaba al cadáver del rey la última profanación, la posterior venganza de los hombres...

ooo

Llegó á ser dispuesto el derribo del Convento. La piqueta demolidora y jacobina hendía sus recios muros, que caían á tierra. Nada era respetado ni temido. Todas las maravillas arquitectónicas y artísticas que había en él, en polvo deleznable, como las glorias humanas, se trocaban...

Así las cosas, un arqueólogo ilustre, el Sr. Rada y Delgado, después de mil súplicas y amenazas, logró permiso para rescatar lo que de valor hubiera en el Convento. Con el permiso de la superioridad, corrió á evitar nuevos estragos. Y llegó á la iglesia, y vió sentado en uno de los sillones del coro á un obrero, que tenía en sus manos una calavera, á la que pugnaba, con martillos y tenazas, por arrancarle muelas y colmillos...

Era la del rey D. Pedro I de Castilla, de quien se vengaba el revolucionario, en nombre de la Libertad. No sin gran esfuerzo consiguió quitar la presa de las rudas manos del operario. Y envolviendo cuidadosamente la calavera, llevóla, en unión de los demás restos del pobre rey, á su domicilio.

Allí estuvieron largo tiempo. Hasta que, gracias á la iniciativa de D. Alfonso XII, fueron trasladados los restos del rey D. Pedro á la catedral de Sevilla...

ooo

Esta historia, dolorosa y tétrica, llega á su fin. Tiene el interés horrible de una tradición sangrienta; pero también el perfume de una balada; de la balada de la buena infanta doña Constanza, dulce y sentimental como el son lastimero de un *armonium*...

JUAN LÓPEZ NÚÑEZ



Estatua de D. Pedro I, el Cruel, que existe en el Monasterio de Santo Domingo, de Madrid

za un magnífico sepulcro, frente al altar mayor de la iglesia del Convento. Y allí quedó encerrado el cadáver del rey feroz, justiciero y sanguinario...

ooo

Dulces clamores argentinos arrullaban el sueño definitivo y último del rey adusto y colérico. En la noche, madre de la melancolía y la tristeza, y en la mañana, madre de la esperanza y la fe, los puros cánticos monjiles y las románticas melodías del rudimentario armonium, caían sobre la tumba del precito como una lluvia de bendición y paz...

Y cuando en la hora de los oficios sagrados, arrodillábanse las monjas en las losas cercanas al mausoleo, parecía que una banda de palomas venía á posarse junto á él, para ahuyentar con su presencia celestial los terribles y agoreros

Libertad. No sin gran esfuerzo consiguió quitar la presa de las rudas manos del operario. Y envolviendo cuidadosamente la calavera, llevóla, en unión de los demás restos del pobre rey, á su domicilio.

Allí estuvieron largo tiempo. Hasta que, gracias á la iniciativa de D. Alfonso XII, fueron trasladados los restos del rey D. Pedro á la catedral de Sevilla...

ooo

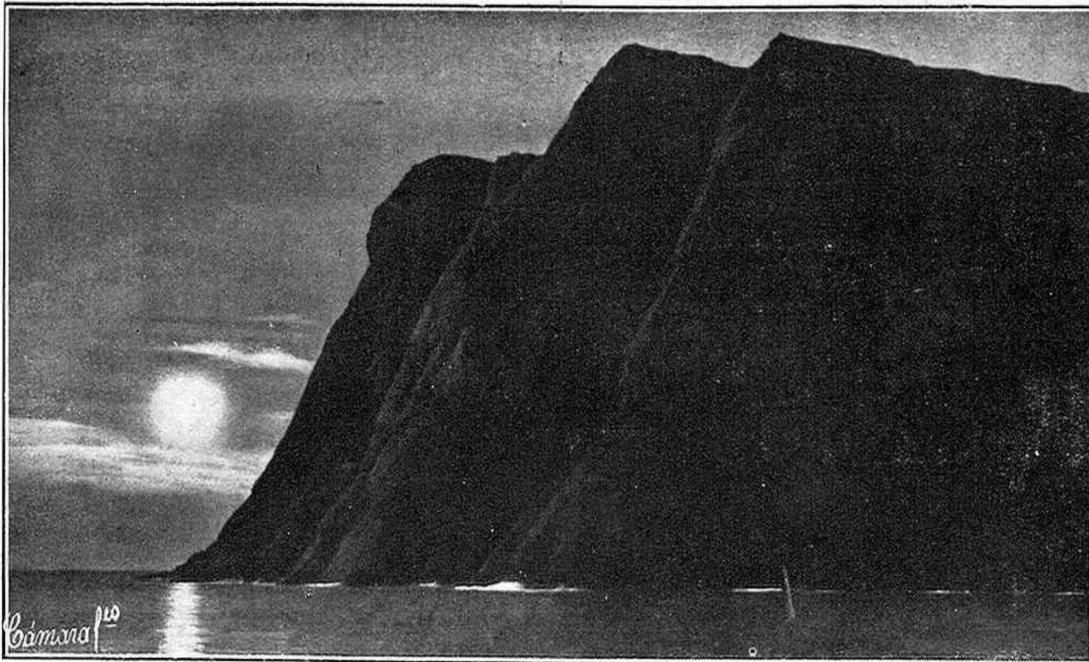
Esta historia, dolorosa y tétrica, llega á su fin. Tiene el interés horrible de una tradición sangrienta; pero también el perfume de una balada; de la balada de la buena infanta doña Constanza, dulce y sentimental como el son lastimero de un *armonium*...

JUAN LÓPEZ NÚÑEZ

do y fantástico. La montaña tiene en esto algo de nube; sus siluetas ofrecen contornos de seres, de edificios, mausoleos, catedrales, animales desconocidos, panteones de unos dioses humanos y terribles, en su belleza y en su fuerza: El Spadomsnut se asemeja á un gigante sentado y meditabundo; tiene algo del contorno del Pensativo de Roden; no piensa, espera. Su leyenda nos dice que al aproximarse el fin del mundo se ocultará en las aguas del lago Platdalisvan, que permanece estático á sus pies.

La cadena de montañas de las Islas Sofoten forman el esqueleto de un gigante, cuya gran cola se sumerge en el fiord, que agita á voluntad, para ayudar al Malestrán á engullir los pescadores que piden el sustento á sus aguas. «Hestmandœ» es «El Caballero», que ha quedado hecho piedra con su caballo en el momento mismo de desenvainar su espada, para defender á «La Doncella» de las iras de un gigante.

La imaginación ve en esas dos montañas las siluetas humanas, adivina al caballero y al corcel, cubiertos ambos por la amplia capa, y á la doncella infeliz mirándolos tiernamente, en su inmovilidad de piedra, durante el curso de los siglos. El círculo polar del Norte, que pasa por estas montañas, les añade una nueva poesía, y el sol de media noche parece llegar hasta allí para consolarlos de su aislamiento y su soledad. Y así todas las montañas, que en otra parte se harían monótonas, conservan el interés con sus leyendas, con su agreste belleza salvaje, con su



El Cabo Norte

gota que cayó sobre la cabeza de ese Prometeo, encadenado hasta el fin de los siglos, le hizo dar un grito tan terrible, que la tierra tembló, las aguas salieron de su centro y se partieron las montañas. La tradición añade que permanece encadenado hasta que se acaben los gigantes y del Océano surja una tierra nueva, vasta y bella, habitada por otra raza más feliz y virtuosa que la nuestra.

No se pierde, al través de los siglos, el encanto de estas leyendas. Nos atraen, nos cautivan, nos sugestionan; toman cuerpo y carne en una extraña fe.

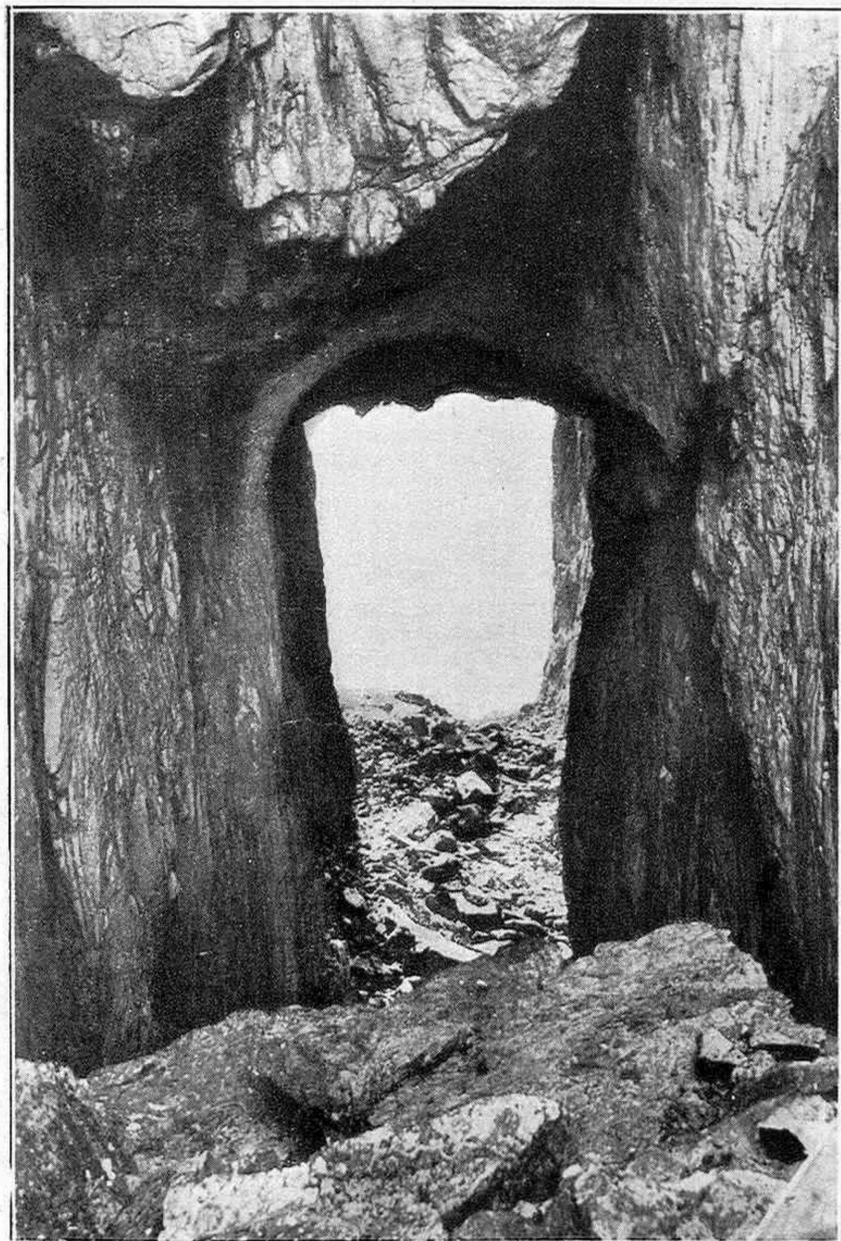
Pero se debe siempre mirar así lejana la montaña, no intentar jamás esas ascensiones fatigosas y estériles de los alpinistas. Como la niebla, como el arco iris, como

la nube, como todo lo idealmente bello, la belleza de la montaña no es tangible; necesita la lejanía. Al llegar á ella se pierde, se desvanece, se achica. No es ya la silueta ni la altura que nos encantó; la apreciamos ya sólo como un pedazo de tierra vulgar y limitado; á nuestro alrededor, á nuestro alcance. Es vano todo el esfuerzo hecho para llegar; al llegar no hay nada sino un desierto vulgar de nieblas, de hielos y de rocas, aunque, sin embargo, la vista distingue desde allí un nuevo panorama, otras plinicias, otras siluetas, otras montañas. El solar de un nuevo ensueño siempre irrealizable.

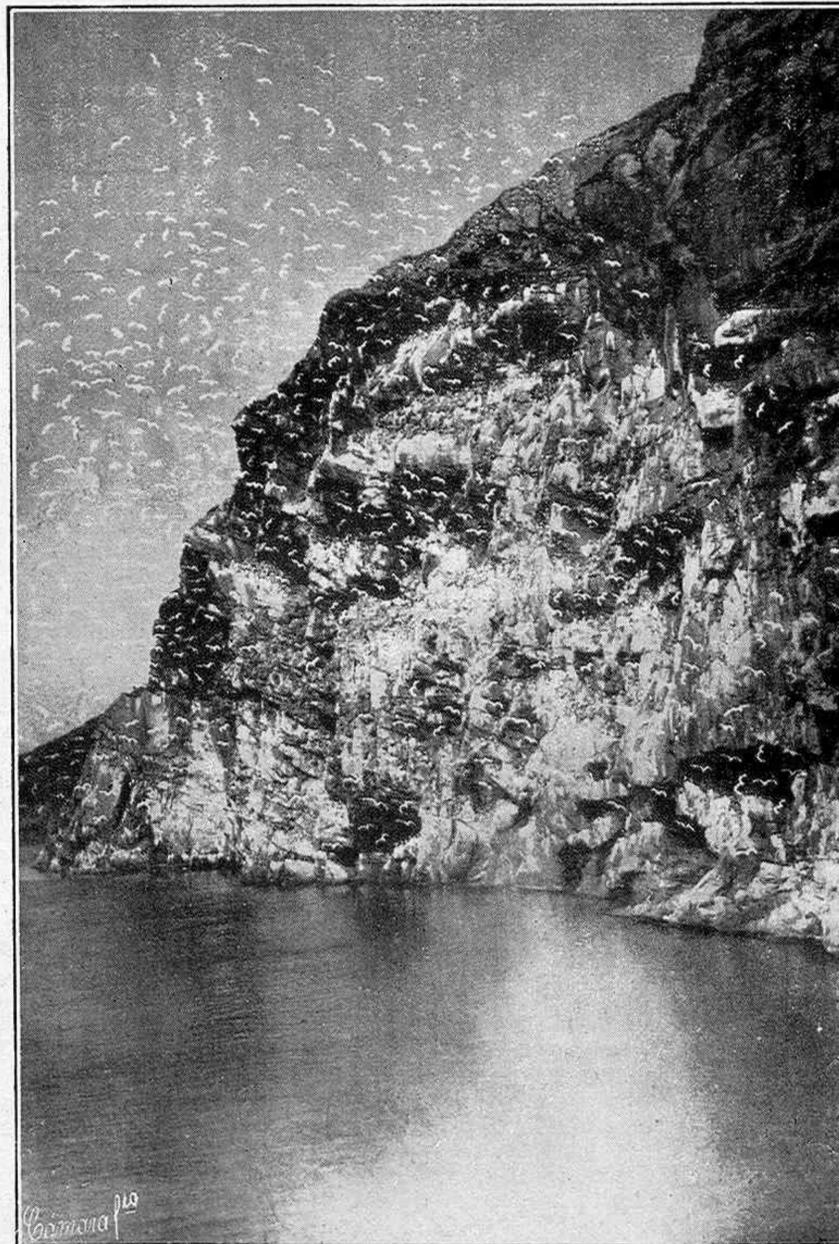
aspecto imponente y la sorpresa de sus nieves, que se abaten cerca de la falda, más bajo que en ningunas otras montañas de Europa.

Cuando se llega á Torghatten, camino del Cabo Norte, todos los viajeros dejan el vapor para cruzar á pie ese enorme túnel natural que atraviesa de parte á parte la inmensa mole de la montaña y que á lo lejos parece un rayo de luz cuajada entre las rocas. Su leyenda nos cuenta que en este lugar encadenaron los dioses al gigante Loki, el cual había matado al dios Balder, el Apolo de Escandinavia, en el cual se personifica al Sol. Sobre la cabeza del encadenado dejaba caer su veneno una serpiente, pero la esposa del gigante lo recogía en una copa. Al verter ésta en la tierra, se oradó la montaña, y una

CARMEN DE BURGOS  
(Colombine)



El túnel natural de Torghatten



La roca de los pájaros, en el Cabo Norte

BIBLIOTECA DE MADRID

DEL VIEJO MADRID  
**EL CONVENTO DE LA ENCARNACIÓN**



Fachada principal de la Encarnación

FOT. SALAZAR

**S**UCEDIÓ que la católica majestad de D. Felipe III tuvo á bien decretar la expulsión de los moriscos; medida censurable en su aspecto económico-social, pero digna de loa, á todas luces, desde el punto de vista de la ortodoxia intransigente, propia de la época. Y para festejar tan grato suceso—¿qué importaba la pesadumbre de miles de seres arrancados de su patria, si el móvil era santo?—la reina doña Margarita quiso fundar un convento de agustinas recoletas, idea que su mente, desde tiempo atrás, venía acariciando.

A este fin, D. Felipe, su esposo, adquirió la casa del marqués de las Pozas, y, mandándola demoler, dió encargo de edificar la piadosa fundación al arquitecto Juan Gómez de Mora. Tal es el origen del convento de la Encarnación, que, por su traza y emplazamiento—entre una calle silenciosa y una plaza empedrada de guijos puntiagudos—constituye uno de los pocos rincones subsistentes del viejo Madrid, que va perdiendo en encantos de añoranza cuanto gana en confortable modernidad...

Esta plaza de la Encarnación, hogaño desfigurada por un jardinillo perfectamente inútil, era el lugar obligado, en tiempos de Felipe IV, para pasear el día del Corpus, antes de la procesión; así como después de ésta, continuábase el paseo por la calle Mayor, hasta que la noche cerraba y la peripatética distracción se concluía.

Ligado á la iglesia de la Encarnación, está el recuerdo de un curioso episodio, que merece ser evocado ahora. Erase durante el efímero gobierno del monarca intruso. Madrid, dominado por la fuerza, conservaba, irreductible, su hostilidad al invasor, manifestándola á cada paso, en esas mil pequeñeces del cotidianismo, que

hacen la vida imposible para el que ha de soportarlas un día y otro.

En vano José Bonaparte, que era un excelente hombre y pudo ser un buen rey, si le hubieran dejado, ponía grandes dosis de diplomacia en su conducta, extremando el deseo de agradar, y fingiendo pasarle inadvertidos los múltiples motivos de disgusto que el proceder de sus súbditos pudiera producirle.

Así las cosas, llegó la Semana Santa. El imperio no se distinguía por su religiosidad, ciertamente. ¿Cómo olvidar que Napoleón, cuando le plugo, condujo prisionero al Pontífice, como á un criminal? Tan sacrílega medida había aumentado el escepticismo innato en los secuaces del Corso. Pero José, sabedor de que reinaba en un país creyente, y ganoso, como buen rey, de ponerse á tono con las tendencias de su pueblo, quiso practicar, siquiera por fórmula, la piadosa costumbre que veía realizada por los madrileños durante los días santos. Rodeado por los altos dignatarios palatinos, salió á recorrer los Sagrarios, á pie, sin ostentación alguna. «De cierto—pensaría—que esta actitud piadosa en que hoy me ven, ha de atraerme más prosélitos que los cañones de mi hermano.» Y confortado con esta idea, más, sin duda, que con la significación del acto que realizaba, fué recorriendo varias iglesias.

Y en verdad que los madrileños no parecían muy entusiasmados con él, á pesar de todo. No ya vítores: ni siquiera saludos recibía á su paso. Un silencio hosco, desabrido, acogiale por doquiera. Cierta que la actitud de sus edecanos no era muy grata. El ruido de las espuelas tenía vibraciones de amenaza al resonar en la quietud de los templos. Alguno de aquellos soldados

llevaba su impiedad al extremo de entrar en las iglesias fumando enorme pipa. Las beatucas santiguábanse escandalizadas, y los chisperos rechinaban los dientes, ávidos de buscar el desquite.

Aproximábanse al convento de la Encarnación. La multitud, que hervía en los aledaños, desparramóse al ver el grupo, en cuyo centro caminaba el rey. Solos José y los suyos atravesaron la plaza, llegando al atrio. Atado á la verja que forma el cerramiento, había un gato muerto, con un cartelón pendiente de una pata. Antes de que nadie pudiera advertir qué significaba aquel extraño trofeo, José leyó la cartela, que decía:

Rey fuerte, como no lles el hato,  
 muy pronto te verás como este gato.

Diplomático siempre, José I sonrió, aunque tan sólo de dientes afuera. El duque de Cotadilla, que le acompañaba, quiso quitar importancia al incidente.

—¡Bah, señor! Bromas de chicuelos...

Por el buen parecer, José penetró en la iglesia. Pero ya no quiso visitar más Sagrarios de los tres que aún le faltaban. Con un pretexto fútil retornó á Palacio, dando por concluida la piadosa misión que se había impuesto.

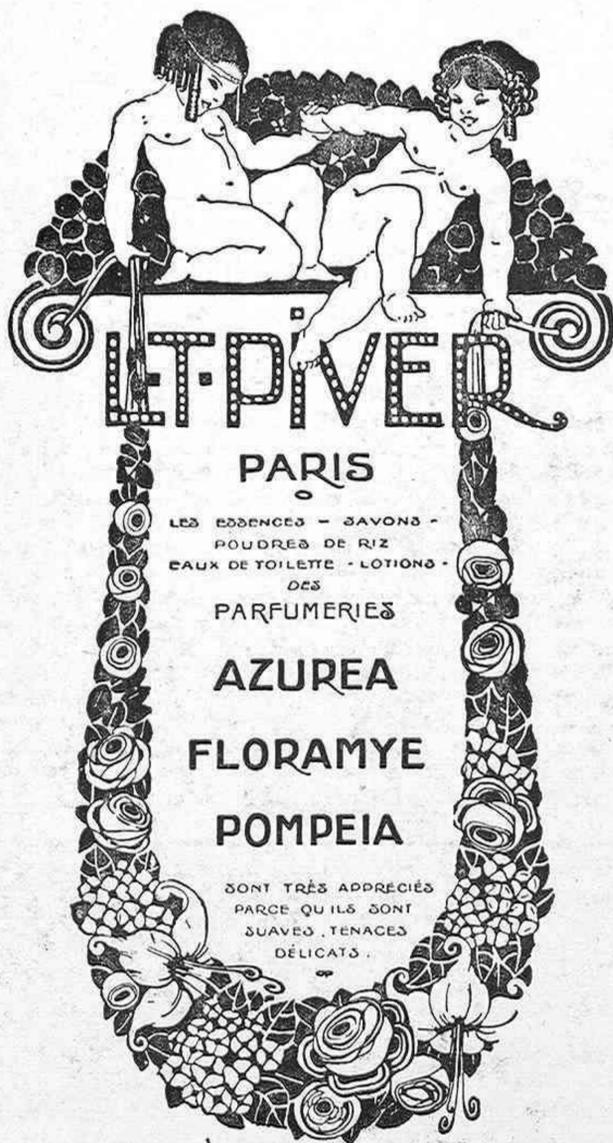
Pocos meses más tarde, salía de Madrid para no volver jamás, fingiendo un paseo en carroza, con el general Jourdan á su lado. Y es muy fácil que al perder de vista la que fué su corte pensara el monarca intruso, comentando su caída sin grandeza:

—¡Perdí la corona!... Pero no me veo como el gato de la Encarnación.

Augusto MARTÍNEZ OLMEDILLA

El papel en que se imprime esta ilustración está fabricado especialmente para "LA ESFERA" por

**LA PAPELERA ESPAÑOLA**



**K Â U L A K**  
**FOTÓGRAFO**

ALCALÁ, 4

MADRID

*Lea Ud. los sábados*

**"NUEVO MUNDO"**

*30 céntimos número*

Se admiten suscripciones y anuncios para esta revista en la

**LIBRERÍA DE SAN MARTÍN**

**PUERTA DEL SOL, 6 MADRID**

### A NUESTRAS LECTORAS

El día 15 del presente mes publicará "La Esfera" un cupón-regalo para conseguir una suscripción anual gratuitamente a la publicación extranjera de modas "Arte de Vestir", editada por la mundial PICTORIAL REVIEW, de Paris, Londres, New York, etc.

Encargue desde ahora un número para estar segura de obtener este singular regalo

## **Del Amor,**

## **Del Dolor**

y

## **Del Misterio**

LIBRO DE POESÍAS

originales de

EMILIO CARRÉRE

**4 PESETAS**

Pídase á "Prensa Gráfica" Hermosilla, 57, Madrid

-8 AGO 1915



*Jabón  
Aromas  
de la  
tierruca*

*“LA ROSARIO”  
(S.A.)  
Casa fundada en 1864  
Santander*

*Precio de la pastilla: pts. 1,25*

IMPRESA DE «PRENSA GRÁFICA», HERMOSILLA, 57, MADRID

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN DE TEXTO, DIBUJOS Y FOTOGRAFÍAS